

EL CAMBIO SOCIAL

Esteban Torres

TEORÍA,
HISTORIA
Y
POLÍTICA

El cambio social

Torres, Esteban

El cambio social : teoría, historia y política / Esteban Torres. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: [descarga](#)

ISBN 978-987-813-547-2

1. Historia. 2. Análisis Político. I. Título.

CDD 150

Diseño de tapa: Estudio KPR

Diseño del interior y maquetado: Eleonora Silva

Corrección: Mariela Gurevich

El cambio social

Teoría, historia y política

Esteban Torres



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital desde cualquier lugar del mundo ingresando a libreria.clacso.org

El cambio social (Buenos Aires: CLACSO; agosto de 2023).

ISBN 978-987-813-547-2



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Suecia
Sverige

Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Agradecimientos	11
Presentación	15
Introducción. Los actores y el cambio social.....	19
Un marco analítico preliminar.....	23
Las constelaciones prehistóricas y su progresión. Emergencia de la modernidad occidental (a.C. – mitad del siglo XIX)	29
La constelación moderna clásica. El monopolio noreuropeo (mitad del siglo XIX- mitad del siglo XX)	33
La primera constelación mundialista. Recreación autónoma de América Latina (mitad del siglo XX-fines de la década del setenta)	41
La constelación posdictatorial. El eclipse de América Latina (inicio de la década del ochenta-inicio del siglo XXI).....	51
Un escenario inédito y un problema común. Posibilidades de recomposición de América Latina (inicios del siglo XXI-actualidad)	69
Conclusión. La necesaria reconstrucción de un futuro latinoamericano.....	77
Bibliografía	85
Sobre el autor.....	95

Este es el comienzo de una interesante y ambiciosa teoría latinoamericana del cambio social: ¿qué es lo que hay que transformar fundamentalmente?

¿Cómo y por quién? ¿Con qué fin?

Göran Therborn

Agradecimientos

Ninguna producción intelectual que lleva la firma de un/a único/a autor/a es exclusivamente el resultado de su propia determinación subjetiva. Tal constatación resulta válida incluso para los casos en los cuales el/la autor/a se dispone a reflexionar en una situación de extrema soledad y opta por movilizar sus neuronas a partir de pretensiones rupturistas, radicalizadas al máximo nivel imaginable. Un caso que se suele citar para avalar la idea de una posible auto-determinación individual de las ideas sociales es el de Elias Canetti. Es cierto que *Masa y poder*, su libro más célebre, cuya escritura el autor inició en 1939 y concluyó veinte años después, inventa un lenguaje propio que desconoce la influencia de Marx. Ello constituye una anomalía. Pero allí están, en la obra de Canetti, las teorías vitalistas de Nietzsche y de Bergson, y, sobre todas las cosas, las visiones modernas de la sociedad del pensamiento europeo del siglo XIX, profundamente arraigadas en el sustrato menos racional del imaginario de todo intelectual localizado en Europa, al menos hasta la mitad del siglo XX. Tampoco la creatividad intelectual de un individuo puede aspirar a ser un impulso *ex nihilo*, como deseaba Cornelius Castoriadis. Lo que sí podemos producir los/as autores/as, ya sea por efecto del ingenio malintencionado, de la ignorancia o de la alienación, son obras nítidamente ahistóricas en su enunciación, que hacen de cuenta que los seres humanos desarrollamos una vida

sin antepasados, sin enraizamientos estructurales en historias simultáneamente locales, nacionales y mundiales. Obras que asumen que los sujetos moldeamos nuestras circunstancias como si fuésemos la primera generación que intenta encontrar su sitio en el movimiento de las sociedades, y que, por lo tanto, un libro puede resultar el partero o el sepulturero de una sociedad. Lo que sucede en la realidad de los hechos mismos es otra cosa: todos/as quienes buscan conocer el mundo, y quienes lo hacemos para intentar transformarlo, somos deudores/as de la acción y de la reacción de los/as demás, de sus estímulos amigables y odiosos, así como de las esferas sociales que conforman nuestro tiempo histórico.

En relación a este breve libro, he contraído múltiples deudas positivas, algunas de las cuales han resultado determinantes. En primer lugar, estoy profundamente en deuda con el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). La coordinación del Grupo de Trabajo “Teoría social y realidad latinoamericana” entre 2016 y 2022, primero con el acompañamiento en la misma función de Edelberto Torres-Rivas y luego de José Mauricio Domínguez, me ofreció oportunidades colectivas muy valiosas para discutir algunas de las ideas que aquí presento. La resuelta dirección general de Karina Batthyány en el Consejo, la gestión hiperactiva de Pablo Vommaro en el área de investigación, y el firme apoyo personal de ambos a las diferentes iniciativas que les fui proponiendo desde 2019, contribuyeron de una forma notoria al avance de las líneas de investigación trazadas en nuestro Grupo, las cuales estuvieron estrechamente conectadas con el objeto de este libro. Mis agradecimientos se extienden aquí igualmente a Fernanda Pampín, la directora editorial de CLACSO, y a los restantes directores de área.

Una segunda deuda la contraí con el Instituto de Sociología de la Friedrich-Schiller-Universität Jena y, en particular, con Klaus Dörre. Mi estancia allí como profesor visitante entre septiembre de 2022 y febrero de 2023, con una generosa beca del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD), me ofreció la oportunidad para compartir con estudiantes de posgrado y con un grupo de colegas locales

algunas de las ideas aquí presentadas. Luego, el silencioso invierno de Jena brindó un entorno de recogimiento por demás estimulante para concluir la revisión y la redacción final del texto.¹

En tercer lugar, este trabajo se fue enriqueciendo a partir de las valiosas conversaciones que mantuve entre 2022 y 2023 con colegas próximos y amigos de diferentes ámbitos. Aquí quisiera mencionar en especial a Göran Therborn, Stephan Lessenich, Robert Boyer y a Álvaro García Linera. Göran me invitó a dictar una Conferencia a principios de febrero de 2023 en el “Sociologiseminarium” de la Linnaeus University, al sur de Suecia, en el cual desarrollé algunas de las líneas argumentativas que estructuran el libro. Y allí mismo, tal como lo planeamos con él, pude contar con sus penetrantes comentarios. Luego, durante los días en que generosamente me hospedó en su casona rural en Ljungbyholm, tuve la oportunidad de compartir caminatas pausadas y debatir *in extenso* sobre varios tópicos de interés común, incluidos algunos supuestos presentes en el libro. Stephan Lessenich, por su parte, me recibió con los brazos abiertos durante el mes de diciembre de 2022 en su hogar familiar en el corazón de Frankfurt y en el prestigioso Instituto de Investigación Social (IfS) de la Goethe-Universität que preside desde 2021. Mi breve estancia allí generó un clima perfecto para someter a discusión algunos de los argumentos que los/as lectores/as encontrarán en las siguientes páginas. Junto a ello, durante mi visita en Frankfurt recibí la generosa invitación de Stephan para incorporarme al IfS como fellow permanente, hecho que felizmente se concretó dos meses más tarde, a comienzos de febrero de 2023.

A las deudas ya mencionadas quisiera añadir la que contraje con Robert Boyer por la invitación que me cursó para pasar una semana en París, en el Institut des Amériques de la Université Sorbonne Nouvelle-Paris III. Las conferencias que dicté allí durante mi estancia en

¹ Una versión reducida y preliminar de este trabajo fue publicada bajo el título *Los actores y el cambio social: tentativa de reconstrucción para un futuro latinoamericano*. En Torres, Esteban y Domingues, José Mauricio (eds.), *Nuevos actores y cambio social en América Latina* (pp. 17-68). Buenos Aires: CLACSO.

noviembre de 2022, y que contaron con la presentación y los generosos comentarios de Robert, también me permitieron someter a prueba algunas de las premisas centrales alojadas en este texto. El libro también absorbe con gratitud las diferentes conversaciones presenciales y virtuales que vengo manteniendo con Álvaro García Linera en los últimos tiempos. Una de las últimas ocurrió en Coyoacán en junio de 2022, mediada por unos sabrosos tacos, en el marco de la 9ª Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales organizada por CLACSO en la Universidad Nacional Autónoma de México. Pocas personas que viven a caballo entre la política de partido y las ciencias sociales me resultan tan inspiradoras como Álvaro.

Finalmente, mi deuda mayor es con los/as alumnos/as, amigos/as y colegas de mi querida Universidad Nacional de Córdoba, tanto de la Facultad de Filosofía y Humanidades, como de la Facultad de Ciencias Sociales y del Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad, con quienes comparto una vida intelectual en común y a quienes considero los/as primeros/as interlocutores/as de mi trabajo.

Presentación

En este nuevo libro intento analizar con detenimiento el modo en que fue evolucionando la teorización del vínculo entre los actores y el cambio social en el mundo desde tiempos pretéritos. Parto de la premisa de que un ejercicio retrospectivo de esta naturaleza resulta imprescindible para lograr discernir en qué marco de resolución conceptual, histórica y política nos encontramos hoy en América Latina. En el texto, ofrezco un nuevo esquema para analizar las perspectivas del cambio social. En concreto, sostengo que los tres componentes críticos que vienen definiendo las visiones de la relación entre los actores y el cambio en el pensamiento social occidental son la unidad de transformación en última instancia (UT), el vector propulsor (VP) y el principio normativo rector (PN). Las formas concretas y los contenidos que asumieron tales componentes fueron cambiando a lo largo de la historia. Y con cada modificación se complejizó el escenario intelectual, a la vez que se fueron generando nuevos desacoples entre el desenvolvimiento material del mundo y su evolución simbólica.

Para intentar dimensionar la situación que estamos atravesando en las ciencias sociales de América Latina, propongo trazar una línea de progresión que contemple las diferentes constelaciones intelectuales que se fueron sucediendo a lo largo de la historia occidental hasta la actualidad. Distingo seis constelaciones que se van

desplegando de forma secuencial. Cada una de ellas se corresponde con una transformación intelectual mayúscula, ligada a cambios históricos igualmente sustantivos. A los fines del presente trabajo, cobran particular relevancia las tres últimas: i) la constelación moderna clásica, ligada a un estado duradero de monopolio noreuropeo (mitad del siglo XIX- mitad del siglo XX), ii) la primera constelación mundialista, de brevísima existencia, asociada a un momento excepcional de recreación autónoma de América Latina (mitad del siglo XX-fines de la década de 1970) y iii) la constelación posdictatorial, de mediana duración, cuya configuración estuvo condicionada por los efectos devastadores producidos por la última ola de dictaduras militares desplegada en la región (década de 1980-principios del siglo XXI). Cada una de las seis constelaciones que analizo fue delineando diferentes modos de articulación, o bien de desactivación, de los tres componentes críticos señalados arriba (UT, VP y PN). Junto a ello, intento demostrar que desde principios del siglo XXI se viene descomponiendo en América Latina la constelación posdictatorial de las ciencias sociales. Y señalo que ello está ocurriendo en virtud del mayor distanciamiento respecto a las experiencias de exterminio social de las décadas del sesenta y del setenta del siglo XX, y, sobre todo, a partir de un conjunto de transformaciones, tanto negativas como positivas, que viene experimentando la región en los últimos tiempos.

Al final de este texto panorámico, extraigo algunas conclusiones novedosas –o quizás tan sólo inusuales– orientadas a identificar los principales desafíos que tenemos por delante para conseguir avanzar en la edificación de un proyecto intelectual destinado a renovar el estudio de los procesos de cambio social en América Latina y en el conjunto de la sociedad mundial, así como a revigorizar el compromiso con la transformación estructural de las sociedades. Tal como insinué líneas arriba, la primera tarea que nos exige esta recomposición mayúscula consiste en problematizar el modo en que concebimos y articulamos la unidad de transformación en última instancia (UT), el vector propulsor (VP) y el principio normativo rector (PN) a

la hora de teorizar sobre la relación entre los actores y el cambio social. Una de las lecciones centrales que se puede extraer del libro es que muchas de las ideas sobre el cambio social que circularon en un tiempo dado como novedades ajustadas a los problemas acuciantes de su presente histórico no fueron más que rémoras intelectuales de un pasado enterrado, o bien cartografías urgentes de una sociedad ajena. Y, simultáneamente, varias de las ideas originales producidas en el pasado que al poco andar fueron consideradas obsoletas y resultaron excluidas de un *nuevo espíritu epocal*, continuaron demostrando su validez para dar cuenta de la singularidad estructural de las sociedades contemporáneas. Respecto a aquellas teorías sociológicas autóctonas y pasadas de moda en América Latina que no fueron superadas por otras más pertinentes, sino que fueron suprimidas por la violencia, se trata de recuperar lo que hay de vivo en ellas, para luego recrearlas y ponerlas al servicio de la construcción de nuevas agendas, de nuevas teorías sociales y de la investigación social rigurosa.

Introducción

Los actores y el cambio social

Desde la aparición de la primera civilización sumeria en la Baja Mesopotamia, hace más de 3000 años, todas las corrientes de pensamiento humano asumieron como propias dos premisas elementales: que cada acción puede generar un efecto determinado y que ese efecto se asocia a la producción de algún cambio. Desde entonces, también se hizo evidente para el planeta en su conjunto que toda entidad viva con capacidad de actuar en su universo, desde el momento que lo hace, se convierte en actor.¹ Junto a ello, todas las culturas humanas han logrado comprender, más temprano que tarde, que para conectar la acción de un actor con los cambios que eventualmente puede producir, es necesario que ese vínculo se pueda recrear en el pensamiento. Ya sea que se produzca primero allí, como un disparo intelectual activador, que se exprese en simultáneo, como una argamasa indivisible de prácticas, o bien que se establezca en diferido, a partir de una operación mental retrospectiva. Lo cierto es que no imagino cómo, a partir de qué argumentos, estas premisas podrían resultar falsas y por lo tanto perder la universalidad que *a priori* le adjudico. No perderá validez, seguramente, por ser menos efectista que la ley de la prohibición del incesto postulada por Levi Strauss,

¹ Aquí empleo la noción de *actor* sin pretender entrar en la discusión de si tal categoría es más o menos pertinente que otra similar.

ni por resultar menos romántica que la ley del poder sugerida por Michel Foucault en *Historia de la sexualidad*.

Pero los supuestos universales que anudan la acción, los actores y el cambio parecen terminar allí. Desde el minuto uno de las civilizaciones humanas, se vienen transformando los registros respecto a qué y a quiénes se puede considerar actores, y respecto a cuál es la unidad de transformación que permite dimensionar qué efectos producen aquellos a quienes les adjudicamos una potencia actuante. Es la fijación de un piso de respuestas provisionarias a tales inquietudes la que permite actualizar el interrogante respecto a qué es exactamente lo que cambia cuando algo cambia a partir de los efectos identificados. Como es de esperar, tales transformaciones a la vez semánticas y materiales tampoco fijaron un sentido interpretativo único para cada momento y para cada localización. Más bien consiguieron actualizar, una y otra vez, un campo difuso para el enfrentamiento entre visiones, con ganadores y perdedores. En aquellas circunstancias y pasajes históricos en los cuales los ganadores lograron arrasar con los derrotados, terminaron instalando por tiempo indeterminado lo que se suele llamar *espíritu epocal* o *clima de época*. Se trata de algo más denso, más profundo y menos contingente que una situación de hegemonía.

Lo cierto es que siempre resultó difícil conocer los modos en que se afectan recíprocamente los diferentes actores y los cambios acaecidos en sus propios campos y en sus sociedades históricas. Sin pretender abundar en registros básicos, debemos recordar que resulta imposible arribar a un conocimiento científico único sobre el asunto. Tal imposibilidad se evidencia desde el momento en que todo acto metódico de conocer se orienta por intereses y valores diferentes. Junto a ello, no será el mismo conocimiento el que se pueda obtener si el investigador se autoreconoce como actor en la maraña de aquellos procesos sociales que está estudiando, que si asume una disposición de espectador y hace de cuenta que esa inacción es dadora de una mayor imparcialidad. Si los puntos de partida difieren en tal aspecto, el conocimiento que se termina extrayendo de las

búsquedas involucradas no puede ser semejante. En cualquier caso, contra todo academicismo irreflexivo, es necesario advertir que las disposiciones antagónicas actor / espectador no predeterminan un diferencial de científicidad o de objetividad del conocimiento a favor del segundo. De igual modo, contra todo activismo apresurado, tal dualismo tampoco preestablece un diferencial de compromiso –no al menos genérico– a favor del actor como representación de sí mismo y como cuerpo en movimiento. La capacidad para correr los límites del conocimiento humano en alguna dirección es la constatación primera de que hay militancias encendidas y necesarias en la propia aventura científica.

Un marco analítico preliminar

A lo largo de la llamada historia moderna, las ciencias sociales pudieron validar su existencia en la medida en que fueron capaces de procesar, a partir de propósitos racionales y de valores colectivos, volúmenes ilimitados de complejidad social y de indeterminación histórica. Entre las principales operaciones que demanda la realización científica, destacan precisamente la reducción de la complejidad social y la conquista de nuevas síntesis. Ambas maniobras, para poder desplegarse sin mayores extravíos, necesitan romper, enriquecer o bien trascender el sentido común. Montados en la estela de esta pretensión descubridora, quisiera ofrecerles un marco analítico preliminar, ciertamente modesto, para abordar el marco de variaciones señaladas en el punto anterior. Para ello, partiré de un registro contemporáneo. Según mi apreciación, el sentido común actual en las ciencias sociales regionales, particularmente en la constelación de izquierdas, está principalmente marcado por visiones subjetivistas. Grosso modo, tal matriz dominante invita a suponer que los actores del campo popular, en la medida en que expliciten su voluntad por transformar la realidad social y se movilicen en algún grado a partir de tal pretensión, están automáticamente en condiciones para incidir en la dirección que adoptan los procesos de cambio social. El subjetivismo contemporáneo aludido es portador de imaginarios múltiples, pero sobre todo menos realistas que aquellos que

proyectaban los viejos voluntarismos modernos. Este sentido común académico se alimenta de un flujo de irreflexividad y de una propensión antiteórica de alta intensidad. Hablo de una primacía de tales ingredientes en la medida en que las visiones subjetivistas no se detienen a discernir cuál es la unidad social de transformación en juego al momento de aproximarse al movimiento de los actores, luego no convierten dicha unidad concreta en su objeto de estudio en primera instancia, y por ello mismo no se interrogan por sus determinantes. Al no ocuparse de estas tareas, las perspectivas subjetivistas no están en condiciones de intuir la envergadura de las resistencias que deberían generar determinados actores sociales, así como el volumen de fuerzas y de recursos que deberían acumular en cada circunstancia, para llegar a convertirse en protagonistas. Mal que nos pese, la realidad actual parece ajustarse a una constante histórica: la enorme mayoría de los actores del campo popular en América Latina, aun observados a partir de una lógica dialéctica o de una voluntad de activación instituyente, se desenvuelven como juguetes antes que como jugadores del devenir social nacional, y más aún del devenir regional y global. En cualquier caso, tal subjetivismo dista de ser la única disposición que progresa en el continente, tiene menos gravitación que hace dos décadas atrás, y, a decir verdad, prácticamente no existía como corriente antes de la década del ochenta del siglo XX. Es necesario observar con detenimiento el modo en que fue evolucionando la teorización del vínculo entre los actores y el cambio social en el mundo, para lograr discernir en qué marco de resolución conceptual, histórico y político nos encontramos hoy en América Latina.

Aquí sostendré que los tres componentes críticos que vienen definiendo las visiones del vínculo entre los actores y el cambio social en el pensamiento occidental son la unidad de transformación en última instancia (UT), el vector propulsor (VP) y el principio normativo rector (PN). El primero se asocia al objeto del cambio. Esto es, a la entidad que oficia de núcleo de referencia para el cambio social. La UT se define a partir de responder a la siguiente pregunta: ¿cuál es la unidad superior que cambia o debería cambiar? Una formulación

alternativa podría ser: ¿qué es lo que cambia en última instancia? La UT no necesariamente es el locus de la transformación imaginada, ni la única unidad de transformación. Se trata más bien de la unidad que determinada perspectiva reconoce como condicionante y posibilitante en última instancia de la trayectoria de los actores. Por lo tanto, se trata de la primera unidad considerada al momento de observar el despliegue de la vida, el imaginario y los planes de los diferentes actores. La UT delimita una politicidad abstracta para la visión del cambio social. Asumo que es abstracta porque tiende a establecer el marco de referencia para la imaginación política. Cuando la UT de una teoría social se contrae o se expande, también lo hace el universo imaginado desde allí para la intervención política. A modo de ejemplo, no tiene igual alcance la imaginación política que el/la autor/a consigue proyectar si la UT en cuestión es una sociedad mundial, un continente como América Latina, una formación nacional o una pequeña localidad.

El vector propulsor, por su parte, se asocia al modo concreto de transformación. Aquí la pregunta ya no es ¿qué cambia?, sino ¿cómo cambia y quién participa de ello? El VP alude a las formas de activación y de progresión del cambio social, atendiendo a los actores protagónicos y expansivos involucrados. Resulta más adecuado hablar de vector propulsor y no directamente de actores del cambio porque, para algunas perspectivas, lo que permite activar y luego potenciar el cambio de una UT es, en primer lugar, un proceso o una relación que excede a cualquier actor. Me refiero a una forma dinámica concreta, como podría ser un juego de poder, una batalla de apropiación, una situación de dominación, o bien cualquier otro tipo de movimiento interactivo que involucre a una pléyade de actores. Por lo tanto, cuando algunas visiones se proponen identificar a los “actores de la transformación”, ello no necesariamente significa para ellas que un determinado actor, por más poderoso que resulte, consiga producir por sí mismo el cambio imaginado. Para otras visiones, el VP se referirá exclusivamente a los actores considerados gravitantes. De este modo, para adentrarnos en las perspectivas modernas que

proliferan desde el siglo XIX, y más exactamente a partir de la producción de Marx, optamos por diferenciar entre propulsores de primer y de segundo orden. Con propulsión de primer orden me refiero a las diferentes formas dinámicas aludidas, mientras que los propulsores de segundo orden serían los actores protagónicos involucrados en ellas. Ahora bien, dependiendo de la constelación intelectual, así como de la perspectiva involucrada, estos actores impactantes serán individuales, colectivos o bien de otra composición menos terrenal. Me ocuparé de desarrollar esta distinción central a lo largo del libro.

Finalmente, el principio normativo rector alude al fin último que motoriza la voluntad de cambio de los/as autores/as. ¿Cuál es el propósito último del cambio deseado? Esta pregunta podría ser la que mejor sintetiza el tercer componente crítico. El PN integra al menos cuatro elementos: una identidad moral, los valores concretos a partir de los cuales se define la crítica en relación a la UT, el horizonte de expectativas de transformación de dicha unidad y, finalmente, de modo indirecto, un tipo de politicidad concreta. Sostengo, en este caso, que el PN involucra una politicidad concreta en la medida en que invita a observar cuáles serían los actores portadores de los valores definidos como propios en relación a la UT involucrada. Los aspectos mencionados del PN podrían asociarse a una ideología del cambio social. Ello podría ocurrir si definimos a la ideología como un magma que orienta los juicios de valor medulares de un determinado individuo o grupo social, y no si la concebimos como un dispositivo de dominación enmascarada. En la primera acepción, si la ideología del cambio social está impregnada de valores normativos, podríamos asumir que el PN se desprende de una ideología del cambio social.

Las formas concretas y los contenidos que asumieron tales componentes críticos, la UT, el VP y el PN, fueron cambiando a lo largo de la historia. Y con cada modificación se fue complejizando el escenario intelectual. Esta complejización creciente viene arrojando resultados ambivalentes. Por un lado, la evolución intelectual de la sociedad mundial de los últimos siglos apunta hacia la expansión

de los horizontes de conocimiento histórico, si bien tales avances no han resultado lineales. Por otro lado, la creciente complejización del universo intelectual ha producido como efecto tardío un marcado desacople entre el sustrato material y el componente intelectual de los procesos de cambio social. Si bien el dinamismo general de las sociedades viene incrementándose, pareciera que al menos desde fines de la década del setenta del siglo XX los procesos de transformación material corren más deprisa y de un modo más unificado que los procesos de reordenamiento intelectual. Entre otras consecuencias, este desfasaje está generando problemas críticos para la comprensión del vínculo que se establece en la actualidad entre los actores y los procesos de cambio social en América Latina. Para intentar dimensionar los alcances de la situación sociointelectual que estamos atravesando, propongo trazar una línea de progresión que contempla las diferentes constelaciones intelectuales que se fueron sucediendo a lo largo de la historia occidental hasta la actualidad. Al final de este libro, extraigo algunas conclusiones que permiten identificar los principales desafíos que tenemos por delante para avanzar en la edificación de un futuro latinoamericano apoyado en el conocimiento de las relaciones existentes entre el plexo de actores y el cambio social en la región y en el conjunto de la sociedad mundial.

Las constelaciones prehistóricas y su progresión

Emergencia de la modernidad occidental
(a.C. – mitad del siglo XIX)

El pensamiento occidental que registramos, y del cual somos herederos renegados, se conformó como corpus sistemático hace un puñado de siglos a partir de reconocer al *universo* como unidad última de transformación. Me refiero al universo astronómico y al universo celestial, recreados por las filosofías metafísicas premodernas. El modo de aproximación al desciframiento de ambas constelaciones se produjo a partir de intensificar la especulación sobre el devenir del mundo de los dioses y del mundo de la naturaleza. De ambos se desprendía la dimensión humana de la existencia. Aquí los actores centrales del cambio eran supraindividuales y por lo tanto prácticamente incuestionados. Se trata, como decía, de Dioses y de sistemas naturales. En este estadio ralentizado, los humanos se autopercibían como títeres de un destino trascendental asentado en un conjunto de operaciones recreadas fuera del dominio de sus vidas cotidianas. Podríamos suponer que este es el cuadro intelectual del desarrollo del mundo occidental desde los tiempos antiguos y feudales hasta el advenimiento de la modernidad europea. Si bien este escenario comenzó a modificarse a fines del siglo XVI, aguijoneado por la invasión a las Américas, será recién a mediados del siglo XVIII que la unidad de transformación en última instancia (UT) y el vector propulsor (VP) se alteran definitivamente. Si bien el mundo entendido como universo siguió siendo la unidad de referencia, desde

entonces comenzó a prevalecer su dimensión astronómica por sobre su entidad celestial. En cualquier caso, en este tramo histórico el gran trastocamiento se produjo en relación al vector propulsor. Los actores protagónicos dejaron de ser Dios y la naturaleza. Ahora en el centro de gravitación estaban los seres humanos europeos, sus musculaturas normativas y su capacidad autónoma de raciocinio. El primer *golpe social de secularización* de la historia occidental lo ofreció la revolución francesa de 1789. Este acontecimiento popularizó las consignas de libertad, igualdad y fraternidad como modo de reconocimiento de las nuevas demandas de derechos de los individuos franceses (sobre todo hombres) en relación a las formas de gobierno de su propia sociedad nacional.¹ Si bien en ese momento circularon diferentes significados concretos de cada uno de tales valores abstractos, versiones que incluso se contraponían entre sí, todas las acepciones aceptaban la tutela estatal de los individuos, a la vez que se circunscribían a su propia sociedad nacional.² La axiomática francesa no nace como un conjunto de consignas universales. Ni siquiera asume pretensiones de universalidad. Lo que sí se dispara a partir de entonces es la globalización de esta tríada normativa. Y dicha globalización estará repleta de ambigüedades semánticas, de marchas y contramarchas, las cuales fueron redefiniendo su matriz liberal en cada circuito de apropiación, al mismo tiempo que conservando en todos los casos ese nacionalismo societal originario. Al iniciarse la exportación de la fórmula, lo primero que se desvaneció fue su crítica antimonárquica. En cualquier caso, no caben dudas que será tal propulsión francesa (libertad, igualdad y fraternidad) la que se establecerá como horizonte normativo prácticamente excluyente de la

¹ Al parecer, el lema se formaliza por primera vez en 1790, en un discurso que ofreció Robespierre sobre la organización de las milicias nacionales.

² En el marco del proceso revolucionario, el reclamo de igualdad de la burguesía francesa se limitaba a una noción de igualdad ante la ley, con la cual pretendía circunscribir la consigna a la liquidación de los privilegios legales estamentales. Los grupos más radicalizados, en cambio, insistían en la conquista de una igualdad social que permitiera disminuir las enormes diferencias económicas generadas por dichos privilegios estamentales y por la progresión de la economía capitalista.

modernidad europea a partir de mediados del siglo XIX, ingresando en el núcleo de la constitución del país galo en 1848 y en las diferentes constituciones del viejo continente de allí en adelante.³

Por su parte, la encargada de asestar el primer *golpe intelectual de secularización* de la historia mundial fue la filosofía moderna. La operación filosófica central consistió en convertir a los *individuos en actores abstractos*, rompiendo la idea de una determinación desde arriba por el mundo de los dioses y desde afuera por el mundo de la naturaleza. Esta corriente buscó sepultar la idea de la progresión de un influjo extrasubjetivo sobre la trayectoria de los individuos. En el núcleo de esta gran maniobra europea estuvo Immanuel Kant. El filósofo alemán fue el principal promotor de “la libertad de hacer uso público de la propia razón en todo respecto” (Kant, 1784). Para Kant “todo ser racional debe actuar como si a través de sus máximas fuera en todo momento un miembro legislativo en el ámbito general de los fines” (Kant, 1900, p. 438). Aquí vemos cómo se instala desde la filosofía la libertad individual como valor social central. Recién a partir de la generalización de este nuevo VP y del nuevo principio normativo liberal es que las sociedades pudieron responsabilizar por completo a los individuos de sus propias acciones. En cualquier caso, la emergencia de la modernidad no destruyó la aproximación metafísica al mundo como universo. Simplemente la actualizó. Desde entonces, desde mediados del siglo XVII, esta idea de universo centrada en el filósofo experimentó avances y retrocesos. Dicha renovación integral de la UT, del VP y del PN persistió a lo largo de dos siglos. Aquí ya es posible constatar una compresión temporal respecto a la duración del estadio anterior.

A principios del siglo XIX, sobrevino nuevamente en Europa una revolución intelectual mayúscula, que afectó principalmente a la unidad de transformación en última instancia. A partir de entonces, el universo astronómico y su movimiento *cedieron el paso a la*

³ En línea con la restricción comentada, es importante no perder de vista que en Europa, a partir de la constitución francesa de 1848, las relaciones entre constitución y nación se limitaron al plano interno de cada nación (Kirsch, 2008).

sociedad europea y su devenir. Con este cambio, se termina desplomando la idea de un saber cosmológico producido a partir de la especulación del individuo. El vector propulsor ya lo había instalado Kant: los individuos europeos serán los actores de referencia de su sociedad nacional y, por extrapolación expansiva, de las restantes sociedades desconocidas. Pero ahora los actores potenciales serán todos y cada uno de los individuos abstractos de la sociedad y no solamente los filósofos. Este reconocimiento ampliado continúa presuponiendo el predominio de los intelectuales y sus prácticas contemplativas. En cualquier caso, el intelecto europeo dejó de enmarcarse en un arriba supraterrrestre para comenzar a mirar, desde el nuevo pináculo de la filosofía racional, a una sociedad europea embriagada por su proceso de expansión mundial. En el centro de esta *tercera transformación* está la obra de Auguste Comte y la sociología moderna en su primera versión filosófica y positivista. Poco sentido tiene advertir aquí que la sociología como ciencia será para el filósofo francés la síntesis superior de todas las ciencias, dado que aún no se habían institucionalizado las diferentes disciplinas que hoy conocemos. Con Comte comienza a generalizarse la idea de la realidad social material contemplada por el individuo como sustrato último, en reemplazo de la abstracción esencialista. Tal noción presupone el paso de una razón abstracta a una razón aplicada como núcleo fundante del conocimiento social, traccionada por una idea de progreso humano evolutivo (Comte, 1844). En este tercer momento, cambia radicalmente el principio dominante de universalidad. Se retrae y se reconfigura. A partir de entonces el pensamiento social dominante denomina *universal* al todo europeo en expansión y no al todo galáctico visto desde la misma Europa. Sin dudas, Hegel fue el ideólogo principal de este nuevo espíritu universalista (Hegel, 1807). Si el primer movimiento duró más de *cinco siglos* y el segundo alrededor de *dos*, el tercer estadio mencionado no llega a sobrevivir *cincuenta años*. Este creciente dinamismo cultural no fue producto del azar ni de prodigios individuales sino de la brutal revolución técnica y económica que acontecía en el norte de Europa.

La constelación moderna clásica

El monopolio noreuropeo (mitad del siglo XIX- mitad del siglo XX)

La cuarta transformación intelectual se extiende aproximadamente por un siglo, desde mediados del siglo XIX hasta el fin de la segunda guerra mundial. Este nuevo estadio trajo consigo el cambio más radical de la historia intelectual moderna: por primera vez se imbrican la unidad de transformación en última instancia y el vector propulsor. La primera continuó siendo las sociedades históricas céntricas, delimitadas por Comte y Hegel, aunque proyectadas en mayor medida hacia las sociedades no europeas. Junto a ello, el modo de delimitación clásico de la sociedad nacional europea como unidad última de transformación quedó sujeto en buena medida al esclarecimiento teórico y empírico de los conceptos de sistema social, estructura social y/o de formación social. Y para la definición de dichas nociones se empleó en primera instancia una conceptualización del sistema económico de las sociedades históricas. De este modo, la definición de la UT demandó en todos los casos la integración de una teoría del capitalismo europeo. El vector propulsor, por su parte, experimentó un cambio drástico: transitó del individuo que piensa a la sociedad que actúa en su multiplicidad conflictiva. De la imbricación de ambos componentes, efectuada desde una Europa que aceleraba su expansión mundial y se autotransformaba a partir de ello, embebida en un clímax optimista, nace la teoría moderna del cambio social. La teoría moderna del cambio social es antes que nada la teoría del

cambio interno de la sociedad europea. En el centro de esta gran transformación intelectual está Karl Marx. Ya es historia conocida que el principal documento que testimonia la revolución teórica en cuestión es *Tesis sobre Feuerbach*. Marx encuentra en Feuerbach la personificación del tercer momento que hemos señalado, con epicentro en Comte. Para registrar de modo sintético la radicalidad del cambio que propulsa el sociólogo alemán en relación a sus predecesores, no deberíamos mirar primero la archicitada tesis once, sino un fragmento de la tesis cuarta. Allí Marx señala: “Feuerbach diluye la esencia religiosa en la esencia humana. Pero la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales” (Marx, 1845, p. 87). Es cierto que aquí Marx parece disparar contra Kant antes que contra el materialismo contemplativo de Feuerbach, confundiendo la unidad de transformación en última instancia con el vector propulsor. Pero la confusión se disipa parcialmente si reparamos en el último fragmento de la tesis dos: “El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente escolástico” (Marx, 1845, p. 86). De este modo, la teoría moderna del cambio social, inventada por Marx, es una teoría del cambio de las sociedades que terminará marginando para siempre a la filosofía. Si bien desde Comte las sociedades históricas nacionales se convirtieron en las UT, en el estadio conducido por Marx se asume que el cambio principal lo generan las propias sociedades y no la filosofía. Es precisamente a ello a lo que la teoría moderna le llama cambio social. El cambio deviene en cambio social cuando integra las dos premisas indicadas: la sociedad nacional se convierte en su UT y esa misma sociedad recreada en el pensamiento, concebida como un plexo de actores enlazados entre sí, provoca el cambio de tal unidad. La teoría moderna del cambio social, y con ella la sociología clásica, se convierten de este modo en un dispositivo auxiliar de los procesos concretos de cambio social (Torres, 2022). Se autoconciben como una empresa auxiliar en relación a la creatividad del mundo social, pero sin perder la pretensión legisladora heredada de la filosofía moderna. Aquí distingo entre dos

sociologías modernas del siglo XIX: la sociología moderna filosófica, centrada en Comte, y la sociología moderna clásica, iniciada por Marx. La sociología se vuelve clásica cuando consigue inscribir al individuo en la forma sociohistórica que posibilita su existencia y cuando consigue supeditar a la propia sociología a la realidad social cambiante que permite la definición de este nuevo objeto científico en expansión. Debe denominarse *clásica* a esta sociología porque logró idear soluciones perdurables y no porque se llevó a cabo en un período de tiempo determinado. Tal discernimiento implica que no se puede considerar *clásicos* a todos los intelectuales de ese tiempo y espacio de producción. Siendo más exactos, deberíamos sostener que la de Marx es una teoría del cambio de las sociedades europeas, revestida del espectro universalista que Hegel ya había elevado a su máxima expresión. Recién a mediados del siglo XX, las ciencias sociales, desde la periferia mundial, lograron desbloquear por primera vez, y por un período corto, la ficción universalista que acompaña el despliegue de la teoría moderna europea. Esto último lo abordaré en el próximo punto. Volvamos al cuarto estadio inaugurado con Marx. La nueva imbricación comentada de la UT y del VP, desde el momento que descentra al filósofo –y en cierto modo a todo individuo abstracto– y desde el instante que fija una equivalencia entre lo social y la sociedad histórica, transformó el VP. Podríamos suponer que desde Marx tal vector se redefine a partir de discernir entre un objeto de primer orden y otro de segundo. El vector propulsor de primer orden pasa a ser la propia noción de cambio social en toda su familia terminológica, o bien algún elemento nuclear que compone tal categoría. Y el de segundo orden pasarán a ser los actores sociales a la vez identificados y seleccionados como protagónicos de dicho cambio. El propulsor de segundo orden es, en todos los casos, dependiente del primero. Esto significa que la teoría de la acción es un desprendimiento más o menos dependiente de la teoría del cambio social. Y esta última a su vez depende de la UT, que es la sociedad moderna. O mejor dicho, la teoría de la sociedad moderna. Sostendré entonces que la sociología clásica adopta dicha arquitectura relacional. En la

visión marxiana, la evolución expansiva y contradictoria del sistema capitalista europeo recrea al conjunto de los actores y sus acciones; en la visión weberiana, lo hace la evolución expansiva del proceso de racionalización de las mismas sociedades; y en la perspectiva de Durkheim, la evolución expansiva de la división social del trabajo de y desde las sociedades del viejo mundo (Marx, 1867; Weber, 1923; Durkheim, 1893).¹ A diferencia de las constelaciones anteriores, en esta cuarta *ya no existe un actor predeterminado*. No será Dios, no será la naturaleza recreada por el naturalismo ni será el propio filósofo. Serán los actores sociales protagónicos en el juego cambiante de poder del cual participan múltiples actores. Una de las preguntas centrales a responder para la constelación clásica será la siguiente: ¿qué actores y serie de acciones van determinando la evolución de la sociedad y cuáles están en condiciones de hacerlo en el futuro? Este objeto de segundo orden, al demandar la identificación de los actores protagonistas, necesita atender a la totalidad de los actores involucrados en la escena, a las relaciones que se establecen entre ellos, y luego al peso relativo de cada actor en el juego de poder que los enfrenta con los demás al interior de una sociedad moderna que se propaga a toda velocidad por el hemisferio occidental y oriental de la sociedad mundial. Aunque la distinción formal entre lo micro y lo macro social corrió por cuenta de Georges Gurvitch, un sociólogo soviético de primera mitad del siglo XX que empobreció el pensamiento social, la lógica proporcional y, en particular, la lógica de

¹ Las obras de autores como Gabriel Tarde y George Simmel, ambos contemporáneos a los sociólogos clásicos, quedaron encapsuladas en un pasado egocéntrico, en un mundo de leyes individuales ligado al momento de transición crítica de Kant a Comte. Si Kant prestó un servicio inconmensurable a la humanidad al pretender emancipar a los individuos de la tutela de los dioses, el liberalismo monadológico de Tarde (1983) y el individualismo formalista del primer Simmel (filósofo) fueron empréstitos reactivos, centrados en el cuestionamiento del nuevo compromiso de la sociología clásica con una identidad colectiva. El Simmel tardío luego corrige levemente sus posiciones atomísticas y sus totalizaciones psicosociales en el momento en que se consuma su paso titubeante a la sociología (Simmel, 1917).

reconocimiento de volúmenes de fuerzas sociales es propia de los autores clásicos.

A partir de la estructura de dependencias teóricas internas ya comentada, la sociología clásica efectúa una transformación mayúscula adicional en la teoría del actor y de la acción. Convierte tanto a *los grupos humanos como a las organizaciones sociales en actores potenciales* y, muy especialmente, en actores potencialmente protagónicos. El movimiento intelectual moderno, que adquiere relevancia a partir de Kant, transita así de la centralidad del individuo como actor contemplativo a la centralidad de los grupos y de las organizaciones sociales como actores colectivos concretos. Se desplaza desde una visión filosófica egocéntrica de los actores hacia una visión sociológica, sociocéntrica y, por lo tanto, colectivista de los actores.² De este modo, se consuma el pasaje de la acción individual especulativa a la acción colectiva con potencial de transformación social. A diferencia de las visiones previas, la teoría clásica del cambio social se estructura a partir del interrogante por el poder de determinación social de los actores colectivos. Esta modificación sustantiva involucró igualmente una colectivización y una rejerarquización de los principios normativos precipitados por la revolución francesa. Con la sociología clásica, también cambia el principio normativo rector. Los derechos individuales ceden el protagonismo a la igualdad social (Marx) y a la justicia social (Durkheim y Weber), dos valores colectivos que venían progresando durante los siglos XVIII y XIX desde los márgenes de la sociedad europea.³ En este punto, la modificación central consistió en el paso de la libertad individual a la igualdad y

² A lo largo del trabajo, empleo el adjetivo *egocéntrico* para caracterizar a las perspectivas centradas en el Yo individual, sin necesariamente emitir un juicio de valor al respecto. Aquí el antónimo de *egocéntrico* es *sociocéntrico*. Ello me lleva a descartar su acepción dominante, que tiende a asociar el egocentrismo con el comportamiento negativo de un individuo.

³ En los últimos años, varios autores se detuvieron a sistematizar las visiones de la justicia social de Weber y de Durkheim. Para el caso del sociólogo alemán, consultar Lane, 2017 y Mendes-Quezado Ferrández, 2018. Para el caso de Durkheim, ver Herzog, 2018 y Schoenfeld y Meštrović, 1989.

la justicia social, quedando relegada la idea burguesa de la igualdad ante la ley.

Ahora bien, contraviniendo a la crítica contemporánea, este movimiento sociológico no conllevó la disolución de la singularidad de los individuos y de la acción individual en los grupos, las organizaciones y la acción colectiva. Simplemente optó por supeditar los primeros a los segundos para poder responder a la pregunta por el futuro de la sociedad moderna. También es posible observar que las teorías clásicas del cambio social, como las de Marx, Weber y Durkheim, identifican en primer lugar al menos dos actores claves de un movimiento: el actor dominante y el actor expansivo. Tres actores a la vez dominantes y expansivos de la sociedad moderna marcan las visiones del cambio social de dichos sociólogos: la burguesía como clase, el Estado moderno y la gran empresa capitalista. Una de las diferencias sustantivas de Marx en relación con Weber y Durkheim es que aquel regula su teoría del cambio social a partir de integrar como factor protagónico a un actor subalterno pero igualmente expansivo: el proletariado como clase y sus formas de organización sindical y política. Cuando Marx insiste en adoptar el “punto de vista del proletariado” no estaba invitando a la sociedad de su tiempo a visualizar a los trabajadores asalariados europeos crecientemente agrupados como un vector de primer orden o bien como el actor expansivo con mayor poder de determinación social. A una distancia considerable de tal apreciación, la adopción de dicha perspectiva implicaba el compromiso con un objeto expansivo de segundo orden, de carácter subsidiario en su poder social, pero portador de un programa de igualación social. Marx tuvo siempre en claro que las fuerzas proletarias constituían una expansividad subsumida en lo inmediato a la potencia revolucionaria de la empresa capitalista, y supeditada al conjunto de las fracciones burguesas y al Estado de cada esfera nacional. Fue la expansividad social creciente del proletariado en el marco de la evolución de las relaciones de poder en la sociedad moderna la que le permiten a Marx imaginar la conversión de la clase trabajadora en un actor expansivo dominante. Y sería recién a partir

de esta subversión que el proletariado podría incidir de un modo determinante en la recodificación igualitaria desde el Estado y en una nueva dirección del cambio social orientada hacia una mayor igualdad. Es precisamente el registro del modo en que se desenvuelve la relación entre las expansividades dominante y subalterna en el siglo XIX el que le ofrece a Marx un sustrato real a su principio de contradicción.⁴

En cualquier caso, la sociología clásica, al crear un corpus triádico que subsume la teoría de los actores a una teoría del cambio de determinada sociedad histórica, lo que consigue ofrecer es una previsión respecto a los futuros probables de esa unidad de transformación en última instancia. La previsión clásica respecto al futuro social presupone el trazado de futuros probables para el conjunto de los actores que habitan en dicha esfera nacional. Y esa proyección se establece a partir de la premisa de que la sociología debe actuar orientando a las sociedades hacia una mayor igualdad social, o bien hacia una mayor justicia social. El contenido imaginado para tal orden superior recién adviene a partir de una posibilidad de realización social, dada por el registro de una expansividad concreta. No hay una diferencia radical en los modos en que Durkheim, Weber y Marx se aproximan a la evolución social futura. El esquema organicista del primero, la probabilística weberiana y la dialéctica marxiana distinguen con relativa claridad entre una prospectiva realista y una utopía. No hay que confundir en este sentido las simplificaciones deterministas de los discursos persuasivos sobre el futuro a largo plazo de Marx, orientados en términos pragmáticos a conducir el avance del movimiento obrero, con sus visiones realistas de los futuros probables, no declaradas públicamente. De no ser así deberíamos suponer que

⁴ Una vez constatada la desaparición de la expansividad proletaria protagónica en las sociedades occidentales a partir de la década del ochenta del siglo XX, ya no hay razón alguna para sostener en nombre de Marx la oposición dialéctica entre trabajo y capital como relación determinante del cambio social. Göran Therborn resalta este hecho social determinante cuando sostiene, a partir del interés por actualizar la teoría de Marx, la necesidad de reconocer el fin de la dialéctica del capitalismo industrial como primera gran dialéctica del siglo XX (Therborn, 2020; 2022).

el autor más gravitante de la historia moderna era un idiota. Una de las lógicas prevalecientes en el corpus triádico comentado es la tendencial. El conjunto de los autores clásicos pretendieron discernir los secretos de la evolución social recurriendo a la identificación permanente de tendencias. Para Marx, Weber y Durkheim todas las sociedades y todos los actores que la componen *tienden hacia*, a partir de una trayectoria reconocida en su persistencia desde el presente de los propios intelectuales. Y ese *tender hacia* es un modo de anticipación de futuros probables o bien inminentes. En síntesis, en la sociología clásica, que atraviesa como una flecha ascendente los siglos XIX y XX, hay un compromiso trascendental con la elaboración del futuro de las sociedades europeas, entendidas como un todo articulado. Aunque desprovistas de una identidad sociológica explicitada, a la constelación clásica pertenecen también las principales teorías europeas (y euroasiáticas) del imperialismo, desarrolladas en las dos primeras décadas del siglo XX (Hobson, 1902; Hilferding, 1910; Luxemburgo, 1913; Lenin, 1916).

La primera constelación mundialista

Recreación autónoma de América Latina (mitad del siglo XX-fines de la década del setenta)

La quinta constelación intelectual, dotada de una identidad sociológica en su manifestación dominante, se extiende desde fines de la Segunda Guerra Mundial hasta fines de la década del setenta del siglo XX. Este nuevo orden emerge a partir de la primera gran crisis de la sociología clásica. Los factores centrales que desorientan a esta última son las dos guerras mundiales del siglo XX, la globalización acelerada del proceso de descolonización de las naciones periféricas y la concomitante expansión de los movimientos populares de liberación nacional de la periferia mundial. El problema principal residió en que estas visiones sociológicas europeas, genéticamente intranacionales, no pudieron o no quisieron deconstruirse para atender al traslado objetivo de los conflictos determinantes del futuro social al escenario internacional. No lograron abrir el cerrojo de su propios nacionalismos teórico, metodológico y epistémico, edificados en tiempos de nítida dominación mundial (Torres y Goncalves, 2022). Las teorías marxistas y weberianas del imperialismo, tanto las alemanas como las soviéticas, pretendieron procesar la nueva realidad social emergente en el planeta sin despojarse de su núcleo de autorrecursividad nacional. En cualquier caso, la crisis de la sociología clásica europea fue una manifestación específica de la crisis social general del continente, en particular de Alemania, y de su pérdida de poder en la sociedad mundial a partir de la sucesión de

eventos indicados. De este modo, una vez concluidas las guerras, a mitad del siglo XX, Europa pierde posiciones en el juego de poder internacional, deja de ser el centro de gravitación económica y política principal de la sociedad mundial, al mismo tiempo que pierde el monopolio del conocimiento sociológico. Dicho en otros términos, la desmonopolización mundial de la sociología a partir del declive relativo de la sociología clásica es un capítulo del declive relativo del centro de Europa. De este modo, antes que un momento decisivo de la decadencia de Occidente, del modo en que lo pronosticaron Oswald Spengler y Arnold Toynbee en sus voluminosas obras (Spengler, 1918; Toynbee, 1960), lo que se constató en tal momento de la historia mundial fue la pérdida hasta hoy irrecuperada de la centralidad de Europa en el concierto conflictivo de las naciones.

La crisis del viejo continente como bloque regional abre el paso al primer momento de mundialización de la sociología moderna, que trajo consigo un microimpulso de democratización intelectual. Tal como mencioné, la trayectoria que abre esta transformación se proyecta desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta fines de la década del setenta del siglo XX. La mundialización aludida se desplegó a partir de la emergencia de tres núcleos novedosos de realización intelectual: el primero, y más determinante, se constituye a partir del traslado del polo principal de poder social y sociológico de Europa a Estados Unidos. En este período, la sociología norteamericana pasó a ser la sociología dominante en la esfera occidental, particularmente hasta fines de la década del sesenta, siendo su autor más gravitante Talcott Parsons (1951). La sociología sistemática de Parsons fue dominante en un plano general sin llegar a predominar en todas y cada una de las esferas nacionales del hemisferio occidental. En contraposición a este nuevo polo sociológico, como fuerza igualmente expansiva a nivel mundial, se desarrolla un programa intelectual específico, el marxismo leninismo, con epicentro en la URSS, que no llegó a desarrollar una identidad sociológica generalizada. Podríamos decir que las dos grandes potencias emergentes de la Segunda Guerra Mundial se convirtieron, como era de esperar, en los núcleos

dominantes de irradiación intelectual. Y ambas lograron trasladar los enfrentamientos velados de la llamada *Guerra Fría* a las propias visiones del cambio social, lo cual incluye la conceptualización de los actores intervinientes en las principales contiendas. Pero lo cierto es que ninguna de ambas potencias logró conquistar el mundo en el plano intelectual. El tercer núcleo de realización se multilocalizó en una fracción de la periferia mundial recreada como nuevo polo de producción sociológica autónoma. Se trataba de un polo inexistente o invisibilizado hasta entonces, pero que se elevaba a partir de una base demográfica compuesta por las dos terceras partes de la población mundial. Se trató, literalmente, de un tercer mundo sociológico. Este impulso intelectual generalizado desde la periferia mundial, durante las tres décadas indicadas, dio nacimiento a la sociología latinoamericana como identidad singular, única e irrepetible. El proyecto sociológico latinoamericano, en esta primera versión autónoma, apuntaba a la superación del universalismo norcéntrico como paso necesario para avanzar hacia la trabajosa emancipación de las sociedades periféricas.

Ahora bien, volviendo al eje central del texto, ¿cómo se reorganizó la relación entre el cambio social y los actores sociales en cada uno de dichos núcleos emergentes, atendiendo al esquema que integra la UT, el VP y el PN? En el caso de la sociología norteamericana dominante, no se alteraron los esquemas clásicos de Weber y Durkheim. La UT siguió siendo la sociedad nacional, esta vez la norteamericana, y el VP quedó igualmente sujeto al registro de la evolución general de dicha UT, así como al reconocimiento del Estado y de las empresas capitalistas como actores dominantes y expansivos. Para esta sociología norteamericana dominante, la pregunta por la acción social remite centralmente a las operaciones de tales actores protagónicos. Por su parte, el principio normativo rector reprodujo igualmente, a grandes rasgos, las propuestas de Weber y en menor medida de Durkheim. En el caso del núcleo soviético dominante, ocurrió algo similar. El marxismo leninismo conservó la idea clásica de sociedad nacional europea de Marx, aunque prestando mayor

atención a la función expansiva de esa misma unidad societal a partir de la teoría del imperialismo elaborada por Lenin en las dos primeras décadas del siglo XX (Lenin, 1916). Pero, en cualquier caso, la UT continuó siendo la sociedad nacional, replicando con ello –en ese aspecto específico– la actualización de Parsons. La teoría del cambio social marxista leninista se centraba en un principio de lucha de clases intranacional y luego tal esquema de oposiciones se globaliza sin alterar la ecuación antagónica mencionada. Como veremos a continuación, la principal transformación sociológica de este primer momento mundialista se generó en las regiones periféricas de la sociedad mundial, principalmente –hasta donde conozco– a partir de la experiencia latinoamericana.

Lo que podríamos llamar la primera sociología latinoamericana, entendida como empresa universalista, altera radicalmente el dispositivo relacional de la sociología clásica. El primer sismo se experimenta en relación a la UT. Tal como vimos, si para las sociologías filosófica y clásica unidad de transformación remite a una única esfera social, la sociedad nacional europea genéricamente presentada como *sociedad moderna*, la UT de la nueva sociología latinoamericana es una idea de sociedad mundial no formalizada, concebida como una unidad interactiva y asimétrica compuesta de tres esferas sociales: América Latina como sociedad regional, cada una de las sociedades nacionales de la región y, finalmente, las sociedades globales que se abren desde cada localización nacional o regional (Torres, 2023a). Hasta donde registro, se trató del primer impulso de mundialización efectiva de la UT en la historia de la sociología. La premisa que fundamenta esta unidad tridimensional es que la transformación en cualquiera de dichas esferas trae aparejada una alteración en las restantes. Aquí la sociedad es mundial porque no opera un principio de exterioridad entre las tres esferas mencionadas (Torres, 2021b). Como todo pensamiento social, esta nueva sociología apela a una demarcación interno/externo, pero en este caso lo *externo*, a diferencia de lo que sucede con el dispositivo clásico, también será parte de la sociedad con un status civilizatorio similar. De este modo,

la sociología latinoamericana autonomista no decreta el fin de la sociedad nacional sino su inscripción material en una sociedad mundial que contempla a América Latina como un bloque heterogéneo, activo e históricamente dependiente. Y es precisamente la condición de variable dependiente de las sociedades nacionales de la región la que exigió el esclarecimiento de la unidad superior que la contiene en todo su despliegue de relaciones, procesos y conflictos sociales. Dos preguntas nucleares que movilizan a esta constelación intelectual son las siguientes: ¿cómo y hasta qué punto es posible el desarrollo de las sociedades latinoamericanas atendiendo a su condición persistente de dependencia estructural? ¿cómo y en qué medida es posible superar la posición periférica de los países latinoamericanos y de América Latina como bloque en la sociedad mundial? El reconocimiento de América Latina como esfera, con una entidad societal propia, se justifica principalmente por cuestiones históricas y de proximidad física. Es a partir de la conformación de la región como colonias española y portuguesa en el siglo XV que se recrea un sentido de comunidad lingüística integrada que luego se fue actualizando en su fracción hispana con los diferentes impulsos independentistas. Luego, dada su proximidad y su condición supeditada, la progresión de cada país siempre necesitó del acompañamiento de los demás. Para esbozar esta UT, la teoría social regional recurrió a una nueva ecuación determinante: el dualismo centro/periferia. Se trató de una nueva ecuación relacional que identificaba como *locus* del cambio social a una serie de puntos dispuestos sobre una línea imaginaria que recorre y entreteje cada esfera nacional con la región y con los restantes países de la sociedad mundial. A partir de este esquema inédito tanto las sociedades nacionales de la región -en su diversidad irreductible- como la sociedad propiamente regional serán consideradas sociedades periféricas y, por tanto, dependientes de los movimientos precipitados desde las sociedades centrales. De este modo, para poder atender a la evolución de la esfera nacional de la UT, esta sociología latinoamericana necesitó relacionarla con las esferas regional y global. Con estas precisiones respecto a la unidad

de transformación en última instancia podemos adelantar el modo en que se conformó el vector propulsor y el principio normativo rector. Respecto al VP, mantuvo el desdoblamiento de la sociología clásica, entre un objeto de primer orden y uno de segundo, a la vez que conservó el primero para la teoría del cambio social y el segundo para los actores sociales dominantes y expansivos. La diferencia con la solución clásica radica en que ambos objetos se definen aquí en el marco de un juego de apropiación delimitado a partir de la UT tridimensional señalada. De este modo, se emplea el mismo dispositivo relacional abstracto y colectivista de la sociología clásica. Lo que cambia es la realidad sociohistórica que captura tal esquema. Al cambiar la forma concreta y el contenido de la UT, se modifican las formas concretas y los contenidos del VP. De este modo, el cambio social involucra siempre un cambio en las tres esferas sociales identificadas, en el marco de procesos y de relaciones centro/periferia, y luego reconoce en primera instancia a los actores gravitantes y a las fuerzas de determinación en cada una de ellas. Ahora bien, dependiendo de los autores y sus respectivas filiaciones identitarias, así como de las situaciones concretas analizadas, el impulso dinámico principal se localiza en una u otra esfera. Las disputas centrales al interior de esta sociología latinoamericana se asociaron a la falta de acuerdos en relación a este último punto.

Una operación mayúscula de la teoría del cambio social de la sociología latinoamericana, en tanto VP de primer orden, fue la disolución del *dualismo externo* entre dinámica y estática social -del modo en que lo reproduce la teoría clásica del cambio social- y su reemplazo por el dualismo centro/periferia, así como la reconceptualización del *dualismo interno* del dispositivo clásico. En la sociología clásica, el dualismo interno entre estática y dinámica social pretendía dar cuenta de las diferenciaciones que se conservaban a partir del movimiento de transición desde los ámbitos sociales tradicionales y rurales, considerados estáticos, a las esferas sociales modernas y urbanas de las mismas sociedades, consideradas dinámicas. El dualismo externo de la *sociedad moderna*, en cambio, más despectivo e ignorante

en su formulación, consideraba dinámicas a las sociedades nacionales europeas y luego estáticas a las sociedades no europeas o aún no europeizadas en términos estructurales. *En la teoría*, estas últimas eran no-sociedades modernas o sociedades *externas*. Esto es, sociedades subvaloradas, consideradas de un valor antropológico marcadamente inferior y destinadas tarde o temprano a ser disueltas por la dinámica social de la modernización. La potencia estigmatizante de este dualismo externo, que endulzaba los oídos de las mayorías europeas de entonces y que aún persiste en las ciencias sociales, se asocia a la consideración de la sociedad nacional europea como UT.¹

Respecto al vector propulsor de segundo orden, asociado a la conceptualización de los actores, todas las visiones de esta constelación latinoamericana emplean el modo marxiano abstracto de reconocimiento de expansividades dominantes y subalternas. Por lo tanto, a partir de la UT tridimensional y de la ecuación centro/periferia, se transita del reconocimiento de los Estados nacionales y de las empresas capitalistas europeas, propio del pensamiento clásico, al reconocimiento de la relación de desigualdad entre Estados centrales y periféricos, así como de las asimetrías entre capitalismo centrales y periféricos. Los Estados centrales y las grandes empresas extranjeras con injerencia significativa en la región serán considerados actores

¹ La distinción entre dinámica y estática social en la teoría social moderna se concreta a partir de una serie de dualismos equivalentes entre sí: sociedades modernas / sociedades tradicionales; sociedades civilizadas/sociedades bárbaras; sociedades desarrolladas / sociedades subdesarrolladas o en vías de desarrollo, etc. En cualquier caso, estos dualismos constituyen el ADN de la teoría clásica del cambio social. A medida que el expansionismo europeo demandaba nuevos recursos intelectuales para su aventura conquistadora, el dualismo externo fue adquiriendo primacía en las visiones clásicas. Aquí no hay que perder de vista que este esquema dicotómico fue promocionado tanto por los Estados y las empresas como por los movimientos obreros igualitaristas. Los primeros lo hicieron a partir de determinadas ideologías de dominación y los segundos a partir de ideologías de emancipación social. La nobleza de propósito de los movimientos obreros internacionalistas en Europa no necesariamente alteraba el marco nacional de las ideas de sociedad que recreaban. Luego, el mismo dualismo externo mencionado tuvo un papel determinante en las teorías modernas del cambio social edificadas por los referentes de la sociología norteamericana, a tal punto que llegaron a desactivar su expresión interna.

a la vez dominantes y expansivos, mientras que los Estados periféricos, en su forma autonomista, y de forma accesoria las empresas de capital nacional, serán considerados actores expansivos subalternos en primera instancia. Tal como vengo insistiendo, los actores protagónicos adoptan esta forma desde el momento en que se constituyen en objetos de segundo orden, dependientes de una teoría del cambio social posclásica que se desprende de la UT indicada.

Finalmente, el principio normativo rector también se ve sacudido por la UT tridimensional. Aquel se constituye como una nueva unidad a partir de integrar las dos corrientes normativas clásicas enfrentadas en las disputas intelectuales intraeuropeas. Esta nueva orientación normativa se concreta a partir de subvertir los significantes instalados por cada una de ellas. De este modo, emplea un parámetro de igualdad social para interpelar la asimetría entre países (centro/periferia), recreando un Marx latinoamericano, y recurre a un parámetro de justicia social para juzgar las asimetrías existentes al interior de cada esfera nacional periférica de la región. Con esta última parametrización subalterna, el PN de la nueva sociología crea igualmente un Weber y un Durkheim propiamente latinoamericanos. Así como el Marx europeo adopta el punto de vista del proletariado desde el momento en que reconoce allí una expansividad subalterna portadora de un principio de igualdad social, el nuevo Marx latinoamericano adoptará también el punto de vista del Estado autonomista desde el instante que reconoce en la progresión de dicho actor una expansividad subalterna potencial, portadora del principio de igualdad social posperiférica ya mencionado. En cierto modo, es la integración de los tres autores clásicos en esta nueva orientación normativa mundialista la que termina de definir la composición revolucionaria de la primera teoría sociológica intrínsecamente latinoamericana.

En el epicentro de la nueva ciencia social autónoma latinoamericana están las obras de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto (1967), Raúl Prebisch (1981), Darcy Ribeiro (1968) y Jorge Abelardo Ramos (1968). Luego, como referentes de un estadio intelectual

inmediatamente anterior, que sientan las bases para la potencia autonomista de los primeros, destacan José Medina Echavarría (1969), Florestán Fernandes (1979) y Gino Germani (1962). Y como referencias algo más alejadas en el tiempo, pero que en cualquier caso alimentan los proyectos autónomos, merecen destacarse las producciones de Mariátegui (1928), Haya de la Torre (1936) y Scalabrini Ortiz (1940). En cualquier caso, aquí el listado que ofrezco es demasiado corto y por lo tanto injusto. Este primer impulso intelectual en América Latina, a la vez autonomista y mundialista, se edificó principalmente en un diálogo crítico con el pensamiento clásico alemán y su posterior actualización rusa y norteamericana. Me refiero a un núcleo comandado por *Marx, Weber, Lenin y Parsons*. Si por un lado, durante estos años, el duelo de influencias entre Marx y Weber fue pareja, sin una primacía nítida de ninguno de ellos, no sucedió lo mismo con la contienda entre Lenin como continuador de Marx y Parson como actualizador de Weber.² Detrás de Parson estaba el poder académico creciente de la Universidad de Harvard, pero no directamente el Estado norteamericano, mientras que Lenin fue el líder intelectual del Estado de la URSS y del partido político más poderoso del planeta en aquel entonces, con ramificaciones considerables en América Latina. En el juego de poder de la Guerra Fría, que termina conformando al continente latinoamericano como un tercer mundo intelectual disputado por ambas potencias, sin lugar a dudas, Lenin terminó siendo el autor con mayor penetración regional hasta fines de la década del setenta del siglo XX.

² Tal como vengo indicando, hay que tener en cuenta que la sociología latinoamericana integra en un mismo proyecto intelectual tanto a Marx como a Weber. Hay primacía de la apropiación de Weber en el proyecto de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe, ONU), y luego hay primacía de Marx en las teorías heterodoxas de la dependencia. No sucedió lo mismo con Lenin y Parsons. Salvo excepciones, quien decide incluir a uno de estos últimos automáticamente excluye al otro. Las teorías marxistas de la dependencia excluyen tanto a Weber como a Parsons, por carecer ambos de un horizonte poscapitalista.

La constelación posdictatorial

El eclipse de América Latina

(inicio de la década del ochenta-inicio del siglo XXI)

La sexta constelación intelectual se extiende por algo más de dos décadas: desde principios de los ochenta hasta los primeros años del siglo XXI. Los diferentes modos en que se conceptualizaron la relación entre los actores y el cambio social en América Latina durante tales años estuvieron fuertemente condicionados por los macroefectos producidos por la ola de dictaduras militares en la región. Este movimiento tenebroso de exterminio se inicia a mediados de la década del sesenta, alcanza su mayor potencia en la década del setenta y se termina de desvanecer a principios de la década del ochenta del siglo XX.¹ Muchos de los cambios estructurales producidos en tales años persisten hasta hoy. A medida que se fue incrementando la distancia temporal respecto a la experiencia de destrucción y de terror dictatorial, fueron aumentando los márgenes de autonomía para reconfigurar los diferentes proyectos intelectuales. En cualquier caso, la ola dictatorial genera el principal punto de quiebre de la historia de las ciencias sociales en la región, en correspondencia con el nivel de trastocamiento y de retracción material que experimentó América Latina en la sociedad mundial. Fue el momento de máxima penetración de Estados Unidos en el continente y de mayor sumisión

¹ La dictadura militar en Chile, comandada desde 1973 por Augusto Pinochet, es la única experiencia en la región que se sostiene algunos años más, hasta 1990.

regional desde los tiempos coloniales. Como es evidente, esta hiperpresencia norteamericana genera un desplazamiento definitivo de la URSS en todos los planos. A partir de este *momentum* de macroviolencia se desata una ola de integración desde arriba, comandada desde la Casa Blanca, sin precedentes en la historia regional. A partir de entonces, nada volverá a ser como antes. Todos los impulsos autonomistas y mundialistas del período previo fueron desactivados. Los intelectuales latinoamericanos de la gesta autónoma fueron perseguidos, torturados, asesinados y/o desaparecidos. Algunos lograron exiliarse, alimentando una primera diáspora intraregional que tuvo su núcleo de refugio creativo en el Chile de Salvador Allende. Pocos años después, en 1976, una vez consumado el golpe de Estado en Argentina, se masificaron las salidas forzosas del continente, principalmente hacia México y Francia. De este modo, a partir de esta estampida intelectual, el continente quedó prácticamente descerebrado y deshistorizado en sus registros determinantes. El propio momento dictatorial en la región fue una instancia de destrucción y de *impass* intelectual, así como de consumación de macroreformas liberales que alteraron las trayectorias de las economías nacionales. Será con la recuperación de las democracias formales en la década del ochenta del siglo XX que se generaron las condiciones para iniciar la edificación de una nueva constelación intelectual posdictatorial, necesariamente apoyada en los sistemas económicos y mediáticos recreados por las dictaduras. En líneas generales, y como era predecible, este nuevo universo intelectual se conformará en buena medida a partir de una recolonización norcéntrica de las visiones regionales de los actores y el cambio social. La enorme facilidad y la velocidad con que se produjo este fenómeno de penetración teórica desde afuera era completamente inimaginable a fines de la década del setenta, pero ciertamente comprensible menos de una década después, a partir del estado de despojo y de la postración de los países de la región. Existió una correspondencia indirecta entre el crecimiento de las deudas externas en los años ochenta en América Latina y la recomposición de las dependencias intelectuales. Y en el

centro de esta nueva experiencia de supeditación estuvieron los intelectuales exiliados y las rutas de formación académica hacia Europa. Ahora bien, como veremos a continuación, un aspecto singular de esta nueva situación de debilidad es que el continente no quedó mayormente sujeto al dispositivo intelectual de Estados Unidos, el principal accionista de la región, ni a las teorías alemanas del período previo, sino a un cúmulo de ideas francesas que venían reaccionando desde fines de la década del sesenta a las propias vicisitudes de su sociedad nacional. Si el primer momento de hegemonía intelectual de Francia en América Latina se sitúa a principios del siglo XIX y fue revolucionario, en tanto promovió las independizaciones políticas, este desembarco contemporáneo reforzó un proceso en sentido inverso. Si en el período de efervescencias autonomistas en América Latina, en las décadas del sesenta y del setenta del siglo XX, no hubo condiciones subjetivas ni objetivas para el avance de aquel escepticismo europeo que se cristalizó de un modo edulcorado en el mayo francés de 1968, a partir de la década del ochenta la situación se tornó inmejorable para una recepción francesa. No hay que perder de vista que algunas de las visiones norcéntricas que se masificaron en la región eran a su vez una reacción radical a su propia tradición moderna. En tales casos, el efecto de recolonización estuvo desprovisto de un procesamiento europeo directo o indirecto del problema colonial. El tratamiento más o menos crítico de este problema globalizador solo ocurrió en Europa a principios del siglo XX, a partir de sus teorías del imperialismo.

En resumidas cuentas, si las ciencias sociales clásicas son hijas de la expansión europea y luego el impulso autonómico de la sociología latinoamericana es producto del avance mundial del proceso de descolonización y de la posterior expansión social de la región en el escenario de la Guerra Fría, la constelación que emerge en la década del ochenta lo propicia la retracción de América Latina, y, más exactamente, la devastación causada por las dictaduras militares (Torres, 2021a). De este modo, en un plano intelectual, el sustrato determinante de la constelación posdictatorial en la década del ochenta del

siglo XX será la pérdida de independencia de América Latina en el concierto mundial. Y esta nueva dependencia trajo consigo una *miniaturización inédita de los proyectos intelectuales* en las ciencias sociales regionales. A grandes rasgos, la constelación posdictatorial se conforma a partir de tres corrientes intelectuales: una politicista moderna, una culturalista moderna y una subjetivista antimoderna. La primera es la portadora central de la llamada *agenda democrática* de las ciencias sociales, la cual resulta dominante en este estadio. La segunda participa activamente en la conformación de dicha agenda, a partir de una difusa identidad posmarxista. Y, finalmente, la tercera también incide en la agenda democrática, aunque de una forma parcial o indirecta, identificándose en primera instancia con una nomenclatura contradictoria y desorientadora: *sociologías de la acción*. La gravitación de esta última es apenas menor que las dos anteriores. Se trata de tres corrientes liberales opuestas al accionar de los Estados. Las tres se estructuran bajo la premisa de que el problema número uno de América Latina es el autoritarismo político estatal, pero también adoptarán, por añadidura, un liberalismo económico. El exponente central de la primera corriente fue el politólogo Guillermo O'Donnell, entre los referentes de la segunda cabe destacar a Ernesto Laclau, a José María Aricó y Juan Carlos Portantiero, mientras que los autores más destacados de la tercera fueron Alain Touraine, Pierre Bourdieu y Michel Foucault, tres intelectuales franceses con una influencia decisiva en las ciencias sociales de la región.² El sello

² Es importante aclarar que aquí no me estoy refiriendo al conjunto de la producción teórica de José María Aricó y Juan Carlos Portantiero, sino específicamente a sus obras tardías, marcadamente revisionistas, publicadas en la década del ochenta del siglo XX. Fue en este momento de restricción estructural y de fragilidad política que ambos autores buscaron nutrir una agenda democrática posdictatorial de alcance regional y de carácter gubernamental cuyo epicentro se localizó a una distancia sideral de las comunidades marxistas. A modo de ejemplo, queda excluido de la caracterización ofrecida de José María Aricó el gran libro *Nueve lecciones sobre economía y política en el Marxismo* (Aricó, 2011), correspondiente a un curso que dictó el intelectual cordobés en 1977 en El Colegio de México. Tampoco hay que perder de vista que una de las críticas más incisivas que recibió el giro cultural centrado en Gramsci lo ofreció el propio Aricó años más tarde, en la forma de una rotunda autocrítica.

común de las tres corrientes es que terminan actualizando los encuadres eurocéntricos, unos a partir de visiones rupturistas y otros de visiones modernas reformuladas. Como veremos a continuación, entre los efectos principales que generaron estas perspectivas cabe destacar la deslocalización, la deshistorización y la desmundialización de las visiones de los actores y del cambio social en la región. Las corrientes politicista, culturalista y subjetivista antimoderna, a partir de su agregación sinérgica, lograron establecer un *clima de época* en América Latina –al menos en la academia– hasta mediados de la década del noventa del siglo XX. La posibilidad de constituir un frente común tan amplio y heterogéneo fue consecuencia del peso de los estragos causados por las dictaduras. Lo que inicialmente fue imaginado como un pensamiento urgente para realizar la transición de las dictaduras a las democracias, limitado en su duración y en su alcance, se terminó constituyendo en la visión general predominante de la relación entre los actores y el cambio en América Latina.

Respecto a la corriente politicista, su unidad de transformación en última instancia fue una idea intuitiva, difusa y no explicitada de sociedad nacional genérica, y por tanto deslocalizada y deshistorizada. Esta forma abstracta es portadora de la vieja idea eurocéntrica de sociedad nacional, que desconoce por completo la UT de la constelación anterior. Por ello mismo, por su ausencia de anclaje societal e histórico, su vector propulsor se descoloca al punto de invertir el orden de aproximación analítica empleado por las constelaciones clásica y mundialista. Para esta corriente, primero vendrá el actor protagónico y luego el cambio. El actor predeterminado será un Estado sin UT definida y el cambio social un proceso exclusivamente producido por los impulsos de transformación estatal. Producto de la propia descomposición de la UT, la corriente politicista tampoco desarrolla una teoría del cambio social. Esta última es reemplazada por un programa normativo de cambio político-estatal, bajo el supuesto de que la función política del Estado está en condiciones de recrear una determinada sociedad en su conjunto, aunque –como vimos– tal esfera social no se encuentre explicitada. El principio normativo

rector adopta en esta perspectiva una fuerza inusual. Nos referimos a una idea liberal de democracia política, centrada en la optimización de procesos y procedimientos estatales. En síntesis, este politicismo institucionalista, que tiene a O'Donnell como protagonista central, reduce su mirada de la coyuntura hasta convertirse en una doctrina de la democracia desprovista de una teoría de la sociedad, de una teoría del cambio social y desentendida de la observación del conjunto de los actores regionales en sus respectivos juegos de poder (O'Donnell, 1978; 1994; 2004). Se trató de un aparato normativo importado, no científico, de evaluación selectiva y abstracta de las formas concretas de gobierno en la región, siendo América Latina un marco de decoración y no un arreglo espacio-temporal constituido como objeto teórico singular. La corriente politicista, en esta vertiente, se propala desde los diferentes organismos internacionales, bajo la dirección de Estados Unidos a partir de los acuerdos de posguerra de mediados del siglo XX.

La segunda corriente, que denomino culturalista o posmarxista, también adopta como UT una idea genérica de sociedad nacional, desconectada de una teoría localizada e historizada de la sociedad. El vector propulsor de primer orden es una teoría del cambio cultural unidimensional, apoyada en una apropiación culturalista de la teoría marxista de Antonio Gramsci (Laclau y Mouffe, 1985; Aricó, 1988; Portantiero, 1981). Esta teoría idealista del cambio cultural, que se desarrolla en nombre de una actualización identitaria y teórica de la izquierda regional, asume, por defecto, el supuesto de que la transformación de una cultura política está en condiciones de producir por sí misma el cambio estructural de determinada sociedad nacional. Y el actor del cambio cultural de esta sociedad abstracta, como en la vieja filosofía kantiana, será nuevamente el intelectual. Se trata de una visión idealista que paradójicamente emerge de la apropiación de uno de los autores materialistas más incisivos del siglo XX. Esta corriente posmarxista trató a Gramsci como a un teórico no marxista y, sobre todo, enfrentado al dispositivo clásico. No hay que forzar el registro para observar en este culturalismo un retorno

a los primeros idearios europeos racionalistas de fines del siglo XVII. Esta vez quienes se autoproclaman protagonistas del destino colectivo serán otros intelectuales, insertos en un campo académico contemporáneo crecientemente profesionalizado. Como ya señalé, la operación teórica central que efectúa la corriente posmarxista es la negación de la lógica multidimensional de la teoría del cambio social gramsciana, perteneciente a la constelación clásica. De esta manera, optan por aproximarse a la dimensión cultural de las sociedades históricas sin atender a una lógica de determinación recíproca entre la economía, la política y la cultura. Para los neogramscianos lo que menos cuenta es la economía. La aniquilación deliberada de la teoría del capitalismo del marxista italiano fue la consecuencia de haber intentado crear un *Gramsci para la democracia*, o, dicho más exactamente, para las democracias políticas formales que asomaban desde las entrañas de las nuevas sociedades superdependientes de América Latina. Si aquí los intelectuales vuelven a estar en el centro de la renovación social va de suyo que el principio normativo rector vuelve a ser la libertad individual. Esta vez, para los posmarxistas, se tratará de un principio de libertad individual entendida en primera instancia como libertad de expresión y de creación de los intelectuales de izquierdas. La posibilidad de renovación de las experiencias de creatividad intelectual sería, en sus términos, la base de una democracia entendida como nueva cultura política posdictatorial. En resumidas cuentas, la recuperación de la democracia se entendió desde esta fracción intelectual como un proceso de recuperación general de libertades individuales para la creación intelectual de alternativas políticas de izquierda. La influencia de autores marxistas clásicos como Gramsci, en este caso en la forma de una distorsión idealista tardía, decaerá estrepitosamente a partir de principios de la década del noventa con la implosión de la URSS. Habrá que esperar hasta las crisis mundiales de principios del siglo XXI para que este impulso crítico reaparezca en una versión reciclada.

La tercera y última corriente es menos gravitante para el destino de la agenda de la democracia que para la propia evolución de

la sociología en América Latina. Desde los años ochenta del siglo XX, las producciones de Touraine y de Bourdieu se extenderán por todo el continente, y muy particularmente por los países insulares de América del Sur. De ambos autores, Touraine será el más influyente en el campo político, en el subuniverso de los movimientos sociales y en las fracciones más politizadas de las ciencias sociales regionales, mientras que Bourdieu lo será en los sectores académicos más despolitizados. El trío dominante se completa con Michel Foucault. Los tres asumen posiciones antiestatales semejantes desde una ideología libertaria producida en condiciones europeas de prosperidad y de bienestar social, aunque luego no optaron por la misma estrategia de ruptura con la constelación moderna, y, en particular, con la sociología clásica. A mi entender, el más coherente de los tres fue Foucault, desde el momento que despliega su proyecto intelectual de actualización egocéntrica en nombre de la filosofía, una tradición milenaria que a partir de Kant se ocupó de la promoción de la autonomía individual y de la creatividad intelectual como un fin en sí misma (Foucault, 1994). Aquí nos concentraremos en los dos sociólogos galos porque fueron los portadores centrales del segundo gran intento de descomposición radical de la sociología. El primer embate, como ya vimos, estuvo principalmente a cargo de George Simmel y de Gabriel Tarde en el cruce del siglo XIX al XX.³ Si estos fracasaron en sus pretensiones de restauración filosófica fue porque las sociedades europeas de entonces venían alimentando con éxito un conjunto de identidades colectivas urbanas que propulsaban la expansión de dicho bloque regional en la sociedad mundial. Tal pico de efervescencia colectiva dominante ayuda a explicar por qué ambos filósofos padecieron múltiples exclusiones en la academia de sus propias esferas nacionales. Definitivamente, no fueron autores de su tiempo histórico. No sucedió lo mismo con Touraine y Bourdieu casi un siglo después. Sus sociologías del Yo (antes que de la acción o de las prácticas sociales) se viralizaron en Francia a partir de mayo

³ Volver al pie de página número seis.

del año 1968 y por un tiempo quedaron replegadas en su territorio inmediato. En líneas generales, podríamos identificar tres procesos centrales y un acontecimiento que fundamentan las rupturas sociológicas de Touraine y de Bourdieu, y que apuntalan sus respectivos diagnósticos del avance de una *crisis de la modernidad*. El primer proceso reúne a las experiencias de macrodestrucción de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, comandada por los Estados nacionales. El segundo, asociado al primero, es el crecimiento del poder del Estado y de su autonomía relativa, con epicentro en las décadas del sesenta y del setenta del siglo XX (con algunas continuidades hasta principios de la década del ochenta). El tercer proceso sociohistórico es la pérdida de poder relativo de Europa y de Francia en particular en el escenario mundial. Finalmente, el acontecimiento de referencia es el propio mayo francés de 1968. Como podrán observar, se trata de cuatro sucesos en gran medida desconectados de América Latina, particularmente de América del Sur (hay réplicas considerables del mayo francés en los movimientos estudiantiles mexicanos).

A partir de este cuadro de situación, los disparos efectuados por Touraine y Bourdieu para intentar derrocar la identidad colectiva histórica de la sociología apuntan casi exclusivamente al reordenamiento de su propia sociedad nacional. Lo que aquí habría que explicar entonces es cómo una empresa de rebelión intraeuropea, librada *por* intelectuales europeos *para* individuos y comunidades europeas plenamente integradas al sistema económico y a la vida social de sus naciones, puede terminar conquistando un continente de la envergadura de América Latina, con los problemas estructurales y de humillación nacional que acarrea desde los tiempos de la colonia. Es la tragedia de los grandes problemas sociales persistentes en la región la que viene condenando a cientos de millones de individuos al basurero de la historia. Las sociologías del Yo no lograron ocultar con sus exaltaciones micropolíticas la progresión de los imperialismos y de las colonizaciones en la sociedad mundial. Ambos fenómenos de macrodominación remiten a una historia de larga duración, marcada

por aquel universalismo norcéntrico sistematizado por Hegel.⁴ Me refiero a la historia recurrente de aquellos países aventajados de turno, con pocos o muchos habitantes, que consiguieron apoderarse por la fuerza de las ideas o de la brutalidad física de los recursos vitales de los países débiles, en los cuales reside la enorme mayoría de la humanidad.

Lo cierto es que las ideas de Touraine y de Bourdieu recién lograron cruzar el Océano Atlántico y proliferar a gran escala en América Latina en los años ochenta, con la llamada *apertura democrática*, cuando los intelectuales latinoamericanos exiliados en Francia lograron reinsertarse en la academia regional. Dada la forma dominante que adquirió tal reacomodo, ligado a un tipo de recepción acrítica de las sociologías del Yo, se terminó reforzando una situación de dependencia intelectual pronunciada, semejante al estado previo a las Guerras Mundiales. De este modo, la penetración masiva de los microesquemas liberales de estas nuevas sociologías, voluptuosamente presentados como universales, pudo consumarse dada la máxima descomposición colectiva e identitaria por la que atravesaba América Latina. Ambos sociólogos –no solo ellos– ingresaron por la puerta grande de una sociedad regional y de unas ciencias sociales completamente disminuidas por las expoliaciones de las

⁴ Hay que tener cuidado de no reducir la crítica del universalismo norcéntrico a la folklorización que efectúa Wallerstein, quien se concentra en la impugnación de los discursos racistas más alevosos del colonialismo español (Wallerstein, 2006). Si bien el sociólogo norteamericano manifiesta su inconformidad con las estrategias discursivas del conjunto de los países poderosos del planeta, su crítica puede interpretarse como un rechazo más restringido a la aventura colonial española, en tanto proyecto fallido de expansión civilizatoria. Esta aversión al imperio ibérico ya la había manifestado Weber en *Economía y Sociedad* –aunque de un modo más nítido– al contraponerlo con las bondades del colonialismo inglés (Weber, 1922). Una aproximación contemporánea más exhaustiva al problema del universalismo europeo lo ofrecen Samir Amin (1988) y Aníbal Quijano (2014). Ahora bien, las impresiones de Quijano son portadoras de una limitación considerable: su rechazo total al magma de la modernidad. La impugnación absolutista de Quijano al horizonte de expectativas moderno, en su caso a partir del empleo de un argumento racial, implicaría dinamitar uno de los pilares de las tradiciones soberanistas de América Latina, incluyendo la de la corriente autónoma de la sociología latinoamericana (Torres y Borrastero, 2020).

dictaduras y por el avance acelerado de las macroreformas liberales. Las recepciones predominantemente reproductivas de Touraine y de Bourdieu en América Latina debilitaron aún más a la ciencia social latinoamericana que, a esas alturas, ya era considerada para las mayorías académicas del continente una pieza de museo. De ningún modo se le puede exigir a las ciencias sociales que actúen a contrapelo de su situación material como campo y que se proyecte su desarrollo sin contemplar el estado general de las propias sociedades. Las dictaduras militares dejaron a los países de la región de rodillas, atascados en un nuevo proceso de integración mundial desde arriba. Y los procesos de recuperación democrática estaban concentrados en recomponer las reglas elementales de convivencia social y de participación política formal en cada esfera social, sin expectativas realistas de recuperación de soberanías nacionales determinantes. Pero, como luego veremos, la historia de liberación de las sociedades y de sus ciencias sociales no estaba concluida. Los impulsos de transformación estructural reaparecen una y otra vez, con una obstinación emocionante, reconectando a las ciencias sociales con los grandes movimientos de sus sociedades.

En cualquier caso, observado a partir del cuadro analítico propuesto, es posible constatar que las sociologías del Yo mencionadas devuelven la unidad de transformación en última instancia al individuo y, en particular, a los intelectuales. Con ello invierten por completo el dispositivo triádico de la sociología latinoamericana de extracción moderna. Del mismo modo que algunas visiones, traccionadas por utopías arcaicas, buscan desandar *en la teoría* el proceso material de urbanización de las sociedades, para así reconducir al conjunto de la población mundial hacia viejas ruralidades revisitadas, estas sociologías francesas pretendieron negar el proceso de desarrollo de las sociedades de los últimos siglos para así reflotar la fantasía del individuo autodeterminado de la filosofía del siglo XVII. A partir de una operación intelectual, la UT vuelve a ser el individuo autodeterminado, y el vector propulsor se unifica nuevamente en la idea de un individuo *libre* que, paralizado por el escepticismo,

renuncia al cambio social. Por lo tanto, la sociología del Yo disuelve la intersociedad (articulación nacional, regional y global) como UT, en cualquiera de las formas que podemos imaginar: abstractas o concretas, localizadas o deslocalizadas, históricas o deshistorizadas.⁵ Se trata de una sociología que postula el fin de la sociedad como unidad de transformación, o, directamente, como lo hace Bourdieu, que dictamina el fin de la misma idea de transformación para la sociología. Estamos frente a un proyecto de *máxima descomposición* de las coordenadas clásicas de la sociología y de las ciencias sociales, y desde ya de las ampliaciones posteriores desarrolladas por las sociologías autónomas de la periferia mundial. Que ambos autores franceses hayan optado por renunciar a las esferas sociales nacional o mundial como UT significa que sus sociologías se desentienden por completo del compromiso con la transformación de las sociedades. Y, como veremos a continuación, tal descompromiso lo fundamentan en la vieja premisa ontológica, no del todo explicitada, de que la sociedad y sus transformaciones no necesariamente constituyen a los individuos como tales. Se trata de una negación del sustrato societal de la subjetividad individual, de la enigmática materialidad que antecede, compone y trasciende a los sujetos individuales. Y este desconocimiento se ejecuta en nombre de la revalorización de las ideas abstractas de libertad o de autonomía individual, las cuales actuarían como fuerzas de constitución individual en primera instancia. De este modo, los subjetivismos de Touraine y de Bourdieu descartan una ontología social de los individuos, dotada de ingredientes materiales, relacionales y procesuales, para luego suscribir a una ontología no-societal, fuertemente normativa en el caso de Touraine. El intelectual francés tuvo plena conciencia de las operaciones teóricas que debía efectuar para intentar barrer con el compromiso colectivo de la sociología. Su sociología de la acción la presenta, literalmente,

⁵ Un primer desarrollo del concepto de *intersociedad* como propuesta de reconocimiento de la tradición latinoamericana y de superación de las ideas de sociedad de la teoría social moderna, se puede consultar en Torres, 2023b.

como una propuesta que busca reemplazar una representación de la vida social basada en las nociones de sociedad y de evolución, por otra que ponga en el centro las ideas de historicidad, movimiento social y sujeto (Touraine, 1984). Pero en esta enumeración de nuevas nociones, para el autor francés será el sujeto abstracto el que determina a las restantes. A lo largo de las décadas, Touraine fue variando los argumentos para continuar alimentando el postulado libertario del fin de la sociedad. En la década del ochenta del siglo XX, la responsabilidad era del Estado –francés–: “la sociedad estalla cuando es absorbida por el poder estatal” (Touraine, 1984, p. 26).⁶ En dicho

⁶ Entre otras cosas, Touraine dirá, discutiendo con el marxismo, que “el planeta no se haya más dominado por una burguesía que controla el Estado sino por el ascenso de los Estados industrializadores y autoritarios, comunistas o nacionalistas” (Touraine, 1984, p. 25). Esos *Estados todopoderosos* de Touraine, que nunca lo fueron en América Latina a lo largo de su historia, desde hace tiempo no existen más en los países centrales de Europa. Fueron producto de las transformaciones de la llamada “edad de oro del capitalismo” (Hobsbawm, 1995), que es el período corto que transcurre desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta mediados de la década del setenta del siglo XX. Lo que sí hubo en América Latina, efectivamente, fueron Estados autoritarios, pero tal autoritarismo se expresa a partir de una forma estatal periférica, preferentemente militar, activada a partir de una disposición vasalla. Me refiero a regímenes infraestructurales, cuya base de poder principal reside en otros Estados céntricos, y que, por lo tanto, cuentan con muy poco poder propio (Torres, 2020a; 2020b). Son formas estatales que se legitiman hacia arriba antes que en relación a sus propias sociedades territoriales. Tal sostenimiento simbólico desde arriba explica también la inclinación a la represión desmedida de los Estados periféricos autoritarios. A partir del giro neoliberal, que se inicia en 1973 con la caída de Allende en Chile y se expande en la sociedad mundial con los triunfos de Thatcher en Inglaterra y de Reagan en EE.UU., se invierte una vez más esa relación de poder entre los actores de la economía de mercado y los Estados nacionales, a favor de los primeros. El sociólogo francés va a reconocer que el hecho social que legitimaba a la sociología clásica es la existencia de una escasa autonomía del Estado respecto a las élites económicas: “La sociología clásica estudiaba sociedades capitalistas donde el Estado tenía muy poca autonomía” (Touraine, 1984, p. 30). Y esto es, exactamente, lo que está volviendo a suceder en Europa desde los prolegómenos de la llamada *crisis del capitalismo democrático* (Streeck, 2014). De esta manera, desde hace tiempo se pulverizó la base sociomaterial que, en los términos de Touraine, haría posible su programa de renovación sociológica. El mismo hecho histórico que emplea el autor para descartar la sociología clásica sería el que hoy habilitaría su recuperación. Si actualizamos el diagnóstico de defunción de Touraine, podríamos afirmar que, en la actualidad, más que nunca, resulta válida la recuperación de coordenadas clásicas. Es precisamente a partir de la precipitación de la oleada neoliberal que comienza a revertirse la ecuación estructural que tiene su punto de

momento, invitaba a rechazar la idea de sociedad como UT porque “el sistema social se identifica con el Estado nacional” (Touraine, 1984, p. 25). Casi cuarenta años después, la responsabilidad ya no será del Estado sino del capitalismo financiero: “como consecuencia de la descomposición del capitalismo y de la democracia industriales, la idea de sociedad ha perdido el lugar central que había adquirido a lo largo de los dos últimos siglos” (Touraine, 2013, p. 571). De este modo, la descomposición predeterminada de la idea de sociedad, ya sea por exceso de Estado o de financiarización capitalista, dificulta la existencia libre de los actores individuales y colectivos (Touraine, 1983; 2013). Para Touraine, ambos poderes atentan contra el valor supremo de la libertad, y, en especial, contra la libertad de los intelectuales para legislar en la academia sobre la vida política y social del conjunto de la población. Aferrarse a la idea de sociedad implicará para el sociólogo francés suscribir a este escenario social de determinación destructiva. Desde ya que con el rechazo de la sociedad como UT, ambos autores transforman en una ficción el efecto que trae aparejado todo principio de estratificación social general, como puede ser la relación centro-periferia y, más en general, la topología arriba-abajo. El fin de la sociedad como UT conlleva igualmente, como reconoce el propio Touraine, el fin de la inquietud activa por el cambio social: “No reclamamos dirigir los procesos de cambio social, solo reclamamos nuestra libertad. El derecho a ser nosotros mismos” (Touraine, 1984, p. 39). De este modo, junto con el fin de la sociedad, Touraine postula el fin del compromiso de los/as sociólogos/as con una política de cambio social. Aquellos/as sociólogos/as que pretendan construir laboriosamente un programa científico para la comprensión de la evolución sociohistórica, la previsualización del futuro societal y la transformación de las sociedades, serán descartados por Bourdieu

máxima realización a mediados del siglo XX. Pero, en cualquier caso, el argumento de Touraine respecto al macropoder de los Estados muestra su determinismo ideológico y su falta de consistencia analítica desde el momento que lo suplanta por otro bien distinto para así poder sostener de un modo inalterado el postulado del fin de la sociedad.

y por Touraine por sus supuestas inclinaciones proféticas (Touraine, 1984; Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1968). La crítica al *profetismo* de ambos autores apunta principalmente a la pretensión prospectiva de la sociología, a su inquietud genética por el futuro social, y, más en concreto, a las ideas de participación científica en la construcción de un futuro colectivo. Al igual que sucede con la impugnación de la esfera social como UT, el abandono de la idea de cambio social es una opción normativa e ideológica. Antes que una miniaturización de las visiones del cambio social, lo que proyecta esta corriente subjetivista es una doble negación: en primer lugar, niegan el efecto de constitución de los individuos por parte de aquellos procesos de cambio social que atraviesan y componen sus propias esferas sociales de pertenencia. Luego, en segundo lugar, le niegan a los individuos la posibilidad potencial de incidir en el direccionamiento de los procesos mencionados. Es a partir de asumir tales premisas que esta corriente puede reclamar la caducidad científica y política del compromiso sociológico con el cambio de las sociedades. En cualquier caso, el desconocimiento de la sociedad como UT y del cambio social como VP de primer orden trae aparejada *la ruptura de la correspondencia entre la sociedad como UT, la idea de cambio social y el concepto de actor social*. Como ya señalé, la aniquilación de este entramado de componentes y de relaciones causales se concreta a partir de anteponer el derecho abstracto a la libertad individual a la propia comprensión del mundo de vida de los individuos. Al renunciar al reconocimiento de los procesos sociales dinámicos, estratificados y estratificantes, que hacen posible el desenvolvimiento de los actores, las visiones subjetivistas renuncian a la posibilidad de conocer las trayectorias sociales seguidas por cada actor en sus esferas sociales, así como a explicar por qué los diferentes actores finalmente actúan del modo en que lo hacen. A su vez, tal renuncia trae como consecuencia la imposibilidad de previsualizar las probabilidades que se

presentan para la modificación de los cursos de acción de un determinado actor o conjunto de actores.⁷

En resumidas cuentas, podríamos decir que Touraine no edifica una sociología contemporánea del actor, sino que nos devuelve a una

⁷ En cualquier caso, las perspectivas subjetivistas de Touraine y de Bourdieu ponen el acento en aspectos diferentes. El subjetivismo del primero pretende revalorizar el potencial instituyente y creador de los actores a partir de negar o bien de minimizar el peso efectivo de las fuerzas sociales que operan en el juego de poder que reglamenta las prácticas de aquellos. En cambio, Bourdieu asume una disposición subjetivista en tanto relativiza en mayor medida que las corrientes modernas la pretensión de objetividad de la sociología y de las ciencias sociales. Si las expresiones más destacadas de la sociología clásica no desconocieron el componente subjetivo y relativo de todo principio de objetividad –en todo caso lo minimizaron-, Bourdieu tiende a negar la existencia de una dimensión objetiva, entendida como un *mundo allí afuera*, tanto natural como social, que pueda existir más allá de la idea que cada sociólogo/a se pueda hacer de ese mundo. Bourdieu apuntala sus pretensiones disolutivas a partir de dos operaciones teóricas. La primera de ellas consiste en fracturar la equivalencia clásica entre lo “objetivo” y lo “real”. Para el materialismo histórico, así como para el conjunto de las visiones del cambio social, lo objetivo es real y lo real es objetivo. En cambio, para Bourdieu, el mundo cósmico e impensado será el ámbito de “lo real”, en oposición a “lo objetivo”, al cual se convierte en una simple operación de objetivación del/a investigador/a. Una vez efectuada esta distinción, el autor arroja “lo real” al cesto de residuos. Simplemente deja de nombrarlo y queda excluido de su concepto de “campo”, que es la expresión total que ofrece de “lo social”. A partir de esta primera maniobra, la sociedad, entendida como un sinnúmero de campos sociales arbitrariamente construidos según las preferencias privadas de los/as sociólogos/as, se convertirá en una objetividad discursiva. Dicho en otros términos, el sustrato material de la sociedad se reduce a un magma de discursos académicos. Y la segunda operación teórica que efectúa el sociólogo francés es la creación de un principio de autonomía entre los diferentes campos analíticamente construidos. La principal separación de campos que promueve Bourdieu es sin dudas la que involucra al campo científico y al campo político. Podríamos suponer que el principio de autonomía persigue como interés la construcción abstracta de dicha división específica. Para Bourdieu, la imbricación entre ambos campos, que en sus términos es recurrente, será un acontecimiento patológico que contamina a la ciencia social. Touraine expresará de un modo semejante su actitud de repulsión hacia la política. Si Bourdieu autonomiza los campos para divorciar las prácticas científicas de las prácticas políticas (Bourdieu, 1980; 1994), Touraine separa las diferentes esferas sociales con el mismo propósito (Touraine, 1984; 2013). Estamos frente a una misma maniobra teórica antimoderna de disolución de la sociedad como UT. Lo que Touraine y Bourdieu entienden por *conocimiento científico* es semejante. Para ambos se trataría de un conjunto de prácticas y de principios que logran abstraerse o bien superar la contaminación del Estado social y la política de mayorías. A dicha forma de evasión societal, Touraine la denomina “nuevas formas de responsabilidad social de la ciencia” (Touraine, 1984, p. 33).

filosofía secular del individuo. De igual modo, aunque recurriendo a nuevos lenguajes, la *sociología de las prácticas* de Bourdieu sería más bien una filosofía relativista de los campos analíticos, centrada en la imaginación metódica de los intelectuales, así como una técnica de construcción de campos teóricos. Resulta algo forzado llamar *sociología* a un producto intelectual que no reconoce como UT a una idea de sociedad histórica y localizada, y que no se pregunta por el modo en que se vincula el cambio de tal sociedad con el cambio de los actores que allí se desenvuelven. Uno de los efectos más perniciosos que generó esta operación de disolución teórica de la sociedad –sobre todo de su sustrato material– fue la creciente desorientación de los estudios sociales en América Latina. Lo que evidencia la consumación de este efecto negativo a gran escala es que las formaciones sociales, ligadas a regímenes estatales concretos, siguieron operando en la práctica como unidad de transformación en última instancia. Lo paradójico del caso es que el abandono de la sociedad como UT sucedió precisamente en el momento en que las diferentes esferas nacionales de la sociedad mundial se hicieron más globales e interdependientes entre sí, pero también más desiguales y más injustas.

Las corrientes subjetivistas que progresan a partir de la década del ochenta del siglo XX en América Latina, en su búsqueda de realización de los individuos en contra de la sociedad, expandieron hasta un extremo impensado la brecha entre el mundo pensado y el mundo real. Este desacople se terminó de constatar a partir del desmoronamiento de las promesas liberales de emancipación individual que anidan en las sociologías del Yo. Si los individuos franceses no lograron sostener la expectativa de un proceso de autodeterminación individual en su propia sociedad nacional, mucho menos lo pudieron hacer los miles de millones de individuos de la periferia mundial. Hay que tener en cuenta que aquellas sociedades europeas que alimentaron el subjetivismo originario no se corresponden estructuralmente con las esferas sociales periféricas de América Latina. Solo basta comparar las consecuencias que trajo aparejada la crisis del Estado social en Europa en el siglo XXI con el proceso de descenso

social de multitudes de individuos a partir de las experiencias neoliberales en América Latina. Nunca existió una *subjetividad contemporánea*, así mencionada, en términos exclusivamente genéricos. En este trabajo, decidí prestar particular atención a las sociologías del Yo porque, según mi apreciación, se convirtieron en un engranaje determinante del sentido común dominante de las ciencias sociales en América Latina desde la década del ochenta del siglo XX hasta principios del siglo XXI.⁸

⁸ El efecto de las sociologías del Yo de Bourdieu y de Touraine ha resultado determinante para la evolución de la propia sociología francesa. Es probable que después de Nicos Poulantzas la sociología del país galo no haya desarrollado –no al menos por parte de los autores más conocidos– una idea de sociedad como unidad de transformación, y mucho menos aún una idea de sociedad mundial. Aquí reconozco a Poulantzas no por su identidad marxista sino por ser portador del horizonte de emancipación societal del pensamiento clásico europeo (Poulantzas, 1978). La vieja Francia protagonista, que precipitó la mayor revolución normativa de la historia moderna a fines del siglo XVIII, y que un siglo después entronizó a Durkheim, hoy prácticamente no cuenta con referentes globales en las ciencias sociales y en la sociología en particular que exhiban visiones mundialistas actualizadas. En su reemplazo, avanzan nociones extemporáneas como la de *sociedad del individuo*. Tal expresión ya fue empleada a contratiempo en la década del treinta del siglo XX por Norbert Elías (1987), otro autor talentoso y renegado de las identidades colectivas. Si bien toda la variedad de sociologías del Yo está envuelta en la estela kantiana, la diferencia sustantiva entre la fracción más visible de los franceses contemporáneos y Elías es que este último reconoce a la sociedad como núcleo genético primario y subsume la interacción entre los individuos y la sociedad a una teoría de la civilización (Elías, 1939). La actual acefalía colectiva e histórica de la sociología francesa dominante contrasta con los avances mundialistas de la sociología crítica alemana (Lessenich, 2016; Dörre, 2020; Rosa, 2015).

Un escenario inédito y un problema común

Posibilidades de recomposición de América Latina (inicios del siglo XXI-actualidad)

Desde principios del siglo XXI, se viene descomponiendo en América Latina la constelación posdictatorial de las ciencias sociales. Ello está ocurriendo dado el mayor distanciamiento respecto a las experiencias de exterminio social de las décadas del sesenta y setenta del siglo anterior, y sobre todo a partir de las grandes transformaciones que viene experimentando la región y el conjunto de la sociedad mundial en los últimos tiempos. El impacto de ambos fenómenos, a su vez, está permitiendo visibilizar algunas perspectivas sobre la relación entre los actores y el cambio social que venían progresando desde los márgenes del sistema académico. En cualquier caso, el escenario sociohistórico que se viene delineando en estas primeras décadas del siglo XXI en la región es inédito en al menos tres aspectos: i) en sus grados de apertura, de complejidad, de heterogeneidad y de incomunicación intelectual; ii) en su nivel de mundialización material, y, más exactamente, en su nivel de interdependencia, de unificación y de desigualdad material mundial; y finalmente iii) en su grado de desconcierto respecto a la posibilidad de vincular el primer aspecto, ligado al plano intelectual, con el segundo, de naturaleza material. En aquellos casos en que se sostiene afirmativamente la existencia de esta última posibilidad, crece el desconcierto respecto a cómo se podría repensar la UT de las ciencias sociales. El tercer aspecto mencionado viene produciendo una crisis intelectual sin

precedentes en América Latina y más allá. Ahora bien, para poder avanzar en la caracterización de este momento es necesario ofrecer una síntesis de los diferentes elementos expuestos en este trabajo. Se trata de un pequeño rodeo para poder definir en mejores términos los tres aspectos indicados líneas arriba, así como algunos de los principales desafíos que tienen las ciencias sociales en América Latina en relación al histórico problema de los actores y sus relaciones con el cambio social.

Desde la génesis del pensamiento occidental, ninguna de las corrientes que conformaron las seis constelaciones identificadas hasta aquí desaparecieron por completo. Con el avance accidentado de los siglos y de las décadas, que trajo consigo la creación y la ampliación de la sociedad mundial, lo que se produjo fue un proceso de agregación de corrientes, de emergencia de nuevas constelaciones que integraban a las anteriores, y de consolidación de nuevas supremacías intelectuales. Este modo particular de integración viene ocurriendo de dos formas inescindibles: mediante el procesamiento activo y la superación de lo anterior por lo nuevo, y a partir de un escenario intelectual de cohabitación más o menos conflictiva de lo nuevo con todos los idearios anteriores. Lo que nunca se produjo a lo largo de la historia fue la emergencia *ex nihilo* de corrientes intelectuales. A modo de ejemplo, la filosofía moderna se edificó a partir de la teología y, muy a su pesar, no consiguió eliminar a esta última. Lo mismo sucedió en cada uno de los estadios posteriores, con la certeza autoasumida por las nuevas generaciones de que el campo de agregación se iba expandiendo. A veces, este se retrajo circunstancialmente como efecto de las irrupciones colonialistas, de las guerras o de otras aniquilaciones colectivas. Pero luego, de un modo u otro, lo que parecía erradicado lograba recomponerse y reingresada en el tablero intelectual de su tiempo histórico. Si observamos el campo simplificado del siglo XIX intraeuropeo, vemos que Marx procesó en su dispositivo teórico a Hegel, a Comte, a Kant, a David Ricardo y a buena parte de sus antecesores, a la vez que tuvo que batallar contra los hegelianos, los compteanos, los kantianos, los ricardianos, entre

otros tantos. Eso por un lado. Luego la corroboración más definitiva de que este desenvolvimiento intelectual, que al parecer genera una creciente complejidad que deja intacta visiones más antiguas, es la increíble persistencia del pensamiento religioso. Como vimos, esta cosmovisión milenaria generó sus propios argumentos para pensar el vínculo real e ideal entre los actores y el cambio. Una de las premisas evolutivas menos cuestionada en las ciencias sociales occidentales de los siglos XIX y XX, como es el avance del proceso de secularización, también está tambaleándose. La progresión acelerada de las corrientes evangélicas en América Latina en la última década es un indicador sólido de la caída de la tesis de la secularización, al menos en su lógica de desenvolvimiento lineal. Sin dudas que este avance religioso presiona los cimientos de las propias ciencias sociales, en tanto estas se fundamentan en una cosmovisión racionalista.

Ahora bien, la dinámica que vengo esbozando da cuenta de la evolución intelectual del mundo occidental, pero no así de la evolución material de las sociedades históricas que recrean estos universos simbólicos. El estado intelectual se ajusta al modo de evolución agregada que señalamos al comienzo. Pero dado que los procesos materiales han progresado de otro modo, hemos finalmente arribado a un momento de macrocrisis intelectual. El desacople irreducible entre lo intelectual y lo material, entre lo intersubjetivo y lo objetivo, que adquiere en determinadas circunstancias ribetes dramáticos, lo percibió con toda claridad Fernand Braudel, al momento de señalar que las estructuras mentales son cárceles de larga duración (Braudel, 1958). Y la temporalidad de referencia de esta larga duración braudeliiana no eran años, ni décadas, sino siglos. De este modo, contra el sentido común actual, pareciera que los sustratos materiales de los individuos y de las sociedades tienden a cambiar a mayor velocidad que sus respectivas constelaciones intelectuales. Es por ello mismo que las nuevas creaciones intelectuales, precipitadas por los cambios sociales en curso y aguijoneadas por un imperativo de contemporaneidad, siempre deben lidiar con visiones pasadas, incluso remotas, que pueden ser más o menos obsoletas.

Suponemos que hay ralentización del cambio intelectual, principalmente, porque hay persistencia de tradiciones, de instituciones y de actores, que se convierten en celosos portadores de tales visiones, y que razonablemente se resisten a cambiar o directamente a desaparecer, aunque la realidad material que empujó sus emergencias haya desaparecido de la faz de la Tierra. Un aspecto central para intentar explicar el desacople creciente entre lo intelectual y lo material, una vez constatada la aceleración de las dinámicas sociales materiales, es la forma de organización gerontocrática que sigue conservando las ciencias sociales desde hace más de cinco siglos. A su vez, dado que la expectativa de vida de los intelectuales es mayor y sus vinculaciones con la universidad se mantienen hasta el final, las ideas envejecidas son cada vez más dominantes.

En nuestra región, en el siglo XXI, al parecer el pensamiento religioso avanza de modo sostenido, aunque *aggiornado* a la idea de que el mundo de los dioses debe ponerse al servicio de los individuos terrenales, incluso de su enriquecimiento financiero. Junto a ello, la filosofía moderna y su programa subjetivista, de la mano de las sociologías o las ciencias sociales del Yo, están en crisis y en retracción, aunque conservando una posición dominante. Algo similar ocurre con la propia agenda democrática de las ciencias sociales, analizada en el punto anterior. No era posible imaginar cómo podría sostenerse en el tiempo un proyecto intelectual generacional, que nace de un macroefecto de destrucción regional, sin conseguir llevar adelante la reconstrucción de una unidad de transformación en última instancia en condiciones de explicar cómo se proyectaron hacia adelante las alteraciones de profundo calado producidas en aquellos años tenebrosos y cómo se puede superar el orden estructural institucionalizado en ese momento, para así recuperar en nuevos términos los impulsos expansivos previos a las dictaduras. Ahora bien, aunque la agenda de la democracia y sus derivas subjetivistas, politicistas y culturalistas están detenidas intelectualmente desde la década del noventa del siglo XX, se trata del único horizonte común que las ciencias sociales regionales reconocen como propio en América Latina.

La crisis de esta agenda se está evidenciando de modo creciente a partir del avance acelerado de las desigualdades económicas al interior de las sociedades nacionales consideradas democráticas, tanto del centro como de la periferia de la sociedad mundial, así como a partir del crecimiento de la desigualdad entre países democráticos (Milanovic, 2014; Boyer, 2021; Therborn, 2012). Este registro desigualitario, de carácter ampliado, es parte de la mundialización material ya mencionada. Pero lo cierto es que la crisis de la agenda democrática no genera el desplazamiento de dicho programa, y ello ocurre porque sus propios promotores no estuvieron ni están dispuestos –salvo excepciones– a realizar una autocrítica y a confesar las limitaciones evidentes de este proyecto posdictatorial. Que la agenda de la democracia esté en crisis no significa, desde ya, que el problema de la democracia quede desactivado o que pierda centralidad. Lo que simplemente está sucediendo es que las visiones de la democracia que prosperan en el siglo XXI como empresas sociológicas, preocupadas por el cambio social regional y global, son aquellas que están logrando superar la retracción dictatorial y desentrañar aspectos velados del nuevo estado material e intelectual de la sociedad mundial (García Linera, 2008; 2021; Domingues, 2009; 2019).

Por su parte, la influencia de la constelación clásica en la región permanece estable a partir de dos tipos de apropiaciones dominantes: la primera es una apropiación reproductiva, centrada en una experiencia de asimilación directa y acrítica, propia del periodo previo a la constelación mundialista. Este ejercicio de impotencia intelectual, más o menos consciente, es a la vez causa y efecto de la recolonización mencionada. Se vuelve a recurrir a Marx, a Weber, a Durkheim, pero haciendo de cuenta que estas visiones cuentan con una UT que toma en consideración las especificidades determinantes de nuestra realidad social periférica. Se trata de apropiaciones que respetan el dispositivo triádico del pensamiento clásico (UT, VP y PN) pero que hacen *tabula rasa* respecto al trabajo de creación teórica de la experiencia autónoma latinoamericana, y, más en general, respecto a las vicisitudes de la historia social de América Latina.

Estas apropiaciones deshistorizadas y deslocalizadas de la constelación clásica, en particular de la obra de Marx, ganan en intensidad en América Latina a partir de la crisis financiera de 2008, globalizada en tiempo récord desde Estados Unidos. En cierto punto, llama la atención la preocupación por las crisis económicas que dispara dicho evento en el campo científico latinoamericano, dado que no tuvo un impacto determinante en la región (Calderón y Castells, 2020). El segundo tipo de apropiación de los clásicos es más generalizado, en tanto se asocia a la agenda democrática en cuestión, y, en particular, a las sociologías del Yo. Se trata de una apropiación subjetivista. El hecho mismo de que exista una corriente de apropiación del pensamiento clásico dispuesta a sustraer la conceptualización de los actores y de las acciones de la UT que fijaron los grandes sociólogos europeos, reconfirma la profunda desorientación ya señalada de estas visiones ensimismadas en la región.

Finalmente, quisiera referirme a la constelación mundialista, a partir de la cual cobra protagonismo la primera sociología propiamente latinoamericana. Como vimos, esta última se edifica a partir de un proceso laborioso de destrucción creativa del pensamiento heredado, que culminó en la ampliación y la complejización de la UT creada por la constelación clásica. Si los núcleos intelectuales dirigentes de la constelación posdictatorial optaron por reducir este proyecto autonomista a su mínima expresión, los grandes procesos de cambio social en curso en el siglo XXI están generando las condiciones para profundizar la crisis de la agenda de la democracia, para acelerar la retracción de la pléyade de visiones politicistas, culturalistas y subjetivistas que proliferaron en el campo regional de las ciencias sociales, y, con ello, para propiciar la reemergencia de las empresas intelectuales centradas en la actualización de esta clave latinoamericana universalista. Si la ola de integración desde abajo del período 2003-2015 en América Latina desató la primera interpelación regional en el siglo XXI a las visiones de los actores y del cambio social en el campo académico, la crisis del COVID-19 generó una presión mundializadora sobre los objetos de estudio de la sociología y

las ciencias sociales, haciendo evidente la ausencia de UT en la investigación sociológica, o bien la obsolescencia de las UT que se vienen empleando de modo reproductivo. Este nuevo impulso cognoscitivo desatado a partir de la mundialización de la pandemia aumentó las probabilidades para una reconexión no forzada con la agenda de la sociología latinoamericana mundialista. Y ello ocurre por el simple motivo que tal experiencia regional, exterminada en la década del setenta del siglo XX, es portadora de la visión más amplia y realista del desenvolvimiento de las sociedades históricas de toda la historia occidental. Este nuevo macroefecto de mundialización social y mental también está incrementando el interés en América Latina por las pocas teorías del sistema mundial y sociologías de la globalización desarrolladas a partir de la década del noventa del siglo XX, casi exclusivamente desde Estados Unidos (Wallerstein, 1991; Castells, 1996; Arrighi y Silver, 1999; Amin, 2001, Sassen, 2007; Harvey, 2006). Tales perspectivas globalistas, que se popularizaron en el circuito nortatlántico al poco tiempo de ser publicadas, recién lograron ingresar en América Latina en la segunda década del siglo XXI. El carácter tardío y accesorio de esta recepción se explica en buena medida por el grado de reactividad y de ensimismamiento de la constelación posdictatorial. Si bien actualmente las condiciones han mejorado para la apropiación de estas producciones más ambiciosas, varias de ellas están siendo impugnadas por el componente norcéntrico que acarrearán, o bien por los excesos liberales de sus visiones.

De este modo, al observar el conjunto de las constelaciones intelectuales que se fueron sucediendo a lo largo de la historia, es posible concluir que el desenvolvimiento de la crisis del COVID-19 invitó a retomar la UT del núcleo latinoamericano, centrada en una idea de sociedad mundial, antes que aquellas recreadas por la constelación clásica y sus actualizaciones norteamericanas contemporáneas, estructuradas en primera instancia a partir de una idea de sociedad nacional. Más lejos aún quedarían las ideas sociales de las diferentes expresiones de la constelación posdictatorial, centradas en el procesamiento de aspectos intranacionales a partir de miradas

norcéntricas, en la mayoría de los casos desprovistas de una UT. En cualquier caso, el proyecto de recuperación y de actualización de la UT de la sociología latinoamericana universalista está lejos de resultar dominante en la actualidad.

Conclusión

La necesaria reconstrucción de un futuro latinoamericano

Si desde la década del ochenta del siglo XX la sociología y las ciencias sociales en América Latina hablan del cambio social sino una teoría actualizada del cambio social es precisamente porque en el trabajoso camino de la reconstrucción democrática dejaron de lado la búsqueda de discernir qué forma podría tener la nueva sociedad que habría que construir *en el papel* como unidad de transformación en última instancia. No puede haber una respuesta a la pregunta por el cambio social en América Latina sin antes ofrecer una respuesta, al menos tentativa, a la pregunta respecto a qué estructura tendría aquello que cambia o que se resiste a hacerlo.¹ De este modo, salvo

¹ Sin pretender infantilizar mi argumentación en este punto, debemos recordar que los cambios sociales no son observables si salimos a la vereda, miramos a nuestro alrededor, hacemos un puñado de encuestas a informantes claves, o bien si observamos el ir y venir de un determinado actor. Imagínense la conformación de una estructura social mundial o la evolución de un proceso de cambio social mundial. Se trata de movimientos que efectivamente existen, que suceden en la práctica y que definitivamente nos constituyen como individuos y como sociedad localizada e histórica. ¡Las estructuras existen y solo existen nuestras sociedades como esferas de una sociedad mundial! La idea de que estamos embebidos o incrustados en estructuras sociales (o estructuras sociales de poder) se abandona con el triunfo circunstancial del empirismo en las ciencias sociales y en la sociología. Dicho brutaemente, para tal doctrina, todo aquello que nuestros ojos no ven, no existe. Y claro, ¡las estructuras sociales no se ven a simple vista! Se accede a ellas a partir de construcciones teóricas. Las ciencias sociales que se apoyan exclusivamente en la constatación fáctica ocular son las mismas que abandonaron la explicación social de los procesos de cambio social. De

excepciones, actualmente no hay respuestas fundamentadas a la siguiente interrogación elemental: “Si optamos por reconocer –como se hace habitualmente– que el poder de los grandes actores pueden generar determinados cambios *sociales* ¿Qué sería lo propiamente *social* de tales cambios?”. Tal como vengo indicando, no hay respuestas –menos aun convincentes– a la pregunta por la unidad de transformación en última instancia. Dicho en otros términos, lo *social* del cambio social prácticamente desapareció como dimensión necesaria de ser esclarecida. Y tal desactivación se produjo centralmente bajo la presión de un sentido común a la vez liberal y empirista que terminó asumiendo que lo social es patrimonio de los individuos observables, o bien que algún actor determinado, ya sea un Estado, un movimiento social, una empresa, un sindicato, produce algún efecto en una *sociedad* cuya forma es evidente para el conjunto de la población y que tiende a actuar como un marco inmediato y contenedor de tal ente actuante.

La reconstrucción de un futuro latinoamericano solo se puede producir en las ciencias sociales y en la sociología a partir de recrear una UT en la cual América Latina pueda ser concebida *en la teoría* como una esfera social singular e irreductible, enlazada a las respectivas sociedades nacionales de la región y subsumida a una sociedad mundial. De este modo, no habrá futuro regional en las ciencias sociales sin un concepto sistemático de *sociedad regional* como sociedad periférica, que actúe como unidad de transformación para el estudio de los nuevos actores y del cambio social. Esta es una exigencia *sine qua non* desde el momento que dejamos de lado toda inocencia e integramos una geopolítica del conocimiento. El desafío central que tenemos en relación a esta UT tridimensional es superar las limitaciones de la primera experiencia latinoamericana universalista. Durante aquellos años, se consiguió esbozar una teoría del capitalismo

alimentar el compromiso con la explicación y el descubrimiento de la realidad socio-histórica, cuyas tareas son propias de la ciencia moderna, se pasó al ejercicio facilista de mirar y de describir lo inmediato.

periférico pero no se pudo avanzar lo suficiente en el desarrollo de una teoría de la sociedad latinoamericana. Por restricciones de las propias circunstancias, el dualismo norcéntrico de lo moderno y lo tradicional no pudo ser desactivado –o bien subvertido– a partir de una propuesta de creación autónoma desde y para América Latina. Aquí no estamos demandando la construcción de una única teoría social sujeta a dicha UT. Más bien estamos indicando la necesidad de recuperar tal unidad societal abstracta para a partir de allí propiciar la producción de teorías sociales diversas, ajustadas a los principios normativos diferenciales de cada autor y a su perfil intelectual.

Recién a partir de recrear tal UT, se hace posible recuperar un esquema de correspondencia entre dicha unidad, los vectores propulsores que venimos señalando y los principios normativos rectores. En términos concretos, tal recuperación permitiría el desarrollo de una nueva ciencia social, basada en una gramática causal con capacidad para enlazar i) un concepto de América Latina como sociedad regional, y no solamente como discurso de agregación de sociedades nacionales, ii) una idea de cómo viene evolucionando y cómo se proyecta tal sociedad a partir del juego de poder entre los diferentes actores intervinientes, y iii) un principio normativo que en todos los casos compone y regula tanto la explicación como la interpretación de los aspectos mencionados. Tal como señalé, aquí no hay que perder de vista que desde la década del ochenta del siglo XX esta correspondencia se desactivó. En los casos en que alguna idea de sociedad funcionó como UT, esta se desentendió de una visión del cambio social y luego, ambas, la idea de sociedad y la idea transformación, se divorciaron de la conceptualización de los actores. Estos últimos eran identificados en un vacío societal. Por lo general, cuesta reconocer que las piezas del tablero que estalla en la década del setenta del siglo XX aún están dispersas. Antes que una situación de autonomía teórica entre la sociedad, los actores y el cambio social, lo que se consumó en la constelación posdictatorial fue una descomposición sustantiva que trajo como efecto principal una desorientación a la hora de pretender estudiar a los actores en América Latina en relación a

su progresión futura. En las últimas décadas, también han avanzado teorizaciones sobre los procesos sociales desprovistas de una noción de cambio social, y sobre todo de una idea de cambio social que contemple una UT.

La recuperación del campo relacional que vengo delimitando (UT, VP y PN) permitiría, entre otras cuestiones, distinguir los cambios sociales de aquellos cambios que no lo son. La UT de la sociología latinoamericana universalista, que reconoce y trasciende la idea de sociedad nacional de la constelación clásica, también suscribió al principio de movilización popular que anida en la experiencia intelectual moderna originaria. Para esta sociología, parafraseando a Wright Mills, un determinado cambio recién se convierte en cambio social cuando involucra o afecta a las mayorías sociales (Wright Mills, 1959). La recuperación de este esquema de correspondencias también permitiría corregir una cuestión determinante por estos tiempos. A falta de una expresión mejor la denominaré la *ilusión del poder de los poderosos*. Esta ficción consiste en suponer que la observación de la trayectoria de los actores dominantes y expansivos nos brinda los conocimientos necesarios y suficientes para determinar el abanico de variaciones futuras de los procesos sociales. Todas las perspectivas centradas en el problema de los grandes monopolios trae consigo esta promesa de anticipación societal. Sin lugar a dudas, es mucho más probable que el futuro de las sociedades tenga el rostro de los actores dominantes que la imagen y los lenguajes de los actores dominados. Esta certeza, que se consolida a partir de la constelación clásica, permitió la emergencia de una regla de oro metodológica que perdura hasta hoy: la observación de la función dominante. No se trata de una máxima parsoniana ni de una brújula tosca promocionada por algún estructuralismo oxidado, sino más bien de un axioma no rebatido hasta hoy.

Ahora bien, la observación de un determinado actor, por más poderoso y expansivo que resulte, no deja de remitir a un vector propulsor de segundo orden. Tal como vimos, la concentración analítica exclusiva en un determinado actor de la sociedad mundial no ofrece

los puntos de apoyo suficientes para explicar y previsualizar los procesos de cambio social, y con ello, el futuro de nuestra UT. Hoy los *flashes* de las ciencias sociales apuntan a los grandes jugadores de la economía teconinformacional, como Amazon, Google, Facebook, Huawei, etc, así como a los gobiernos más poderosos del planeta, principalmente a Estados Unidos y China. Al observar el movimiento de estos actores, lo que sí se puede afirmar, con absoluta certeza y sin ningún margen de error, es que poseen, comparativamente, una mayor capacidad de incidencia en el direccionamiento de los procesos de cambio social, así como una mayor capacidad de reglamentación de las diferentes esferas sociales de la sociedad mundial. Pero convertir a los giga-actores de la sociedad en objetos sociológicos de primer orden es un error que desactiva la posibilidad de detectar el rumbo de los cambios sociales y previsualizar las alternativas de futuro de las diferentes formaciones sociales. Y tal limitación se presenta, sencillamente, porque cada actor se desenvuelve en un juego de apropiación en el cual puede ganar o perder, y porque la historia social mundial no está cerrada. Desde tiempos remotos, continuamos lidiando, en una situación de desconcierto pronunciado, con la alquimia de la indeterminación y de la contingencia. En los procesos de cambio social, es tan inerradicable la contingencia como lo es la repetición, la persistencia y la continuidad en el cambio. En la vida de los actores y en el movimiento social, siempre estarán presentes lo que cambia y aquello que no cambia en relación a un sustrato sociohistórico que nadie puede detener.

Ahora bien, la necesidad de pensar a los actores a partir de un registro que contempla la UT y su transformación, no resuelve la especificidad propia de la conceptualización de los actores y su actuación. Por lo pronto, no termina de responder una de las preguntas más elementales al respecto: ¿qué puede considerarse un actor? Y aquí lo que observo como resultado de la dinámica de agregación intelectual mencionada arriba, es que actualmente hay una mayor claridad que en el pasado respecto a los diferentes modos en que se podrían conceptualizar a los actores individuales, grupales y

organizacionales. La opción por priorizar alguno de dichos actores en detrimento de los demás involucra un modo de identificación específico, con sus implicancias teóricas y prácticas. En términos simplificados, los estudios sociales actuales que atienden a los individuos suelen concentrarse en el brillo de los líderes de algún tipo. Luego, los que integran un modo de identificación grupal suelen detenerse en el análisis de las élites, de los movimientos feministas y de los movimientos ecologistas. Finalmente, aquellos que recurren a un modo de identificación organizacional le prestan atención a las grandes empresas, a los Estados, a los partidos políticos de masas y en menor medida a los sindicatos. En este punto, el desafío que hoy tenemos por delante pasa precisamente por integrar estos tres tipos de identificación. Los actores reconocidos a partir de estas tres modalidades tienen una característica común: pueden ser juzgados como responsables de sus actuaciones. Un actor es aquel al que podemos reconocer como responsable de sus acciones. Esta definición básica es portadora del compromiso humanista que se instala en el mundo occidental a partir de la revolución francesa. Se trata de un contrato vital que debemos conservar en la medida en que nosotros/as sigamos autoreconociéndonos como parte de una especie que no está dispuesta a legitimar su autodestrucción.²

² En la actualidad es posible identificar la existencia de al menos tres desviaciones poshumanistas. La primera tiende a considerar que las redes no centradas en actores, o bien los artefactos, pueden considerarse actores (Castells, 1996). La segunda desviación asume que los individuos, los grupos y las organizaciones son actores en igual sentido y grado que las redes y los artefactos. Y finalmente la tercera considera que las redes y los artefactos son los actores de referencia o bien los actores excluyentes (Latour, 2005). Las teorías sociales que convierten a las redes en actores logran un efecto nítido de despersonalización y, por lo tanto, de desresponsabilización, en relación a las acciones humanas. No resulta accidental que estas perspectivas afirmen, explícitamente, que las élites o los gigacapitalistas prácticamente no existen en tanto actores (Castells, 1996; 2009). No es lo mismo señalar que los individuos, los agrupamientos sociales y las organizaciones se estructuran en redes, que asumir que las redes son los propios actores en-sí y para-sí. Una sociología que despersonaliza la acción social es una sociología que por defecto legitima las desigualdades entre clases de individuos y clases de países en la sociedad mundial.

Ahora bien, si en la base de la responsabilidad moral está el individuo, en el centro de la preocupación sociológica debe situarse el futuro de las esferas nacionales que conforman a la región como sociedad. De este modo, para abordar la relación entre los actores y el cambio es muy importante no quedar sujetos al reduccionismo y a la tiranía del individuo y su singularidad. Con todas las dificultades que conlleva, ya es hora de superar intelectualmente el terremoto posdictatorial. La tarea de las ciencias sociales, a diferencia de la empresa milenaria de la filosofía y del proyecto moderno de la psicología, no consiste en reconocer y exaltar las singularidades sino en descubrir y defender el sustrato común a todos/as, a partir de una combinación de principios normativos, que incluye las igualdades, las justicias sociales y las libertades. Si bien la enorme mayoría de los seres humanos suele caer en la tentación de considerarse hipersingulares y únicos en relación a los demás, se trata de una ficción insostenible. Mal que nos pese, es bastante sencillo demostrar que somos mucho menos únicos e irrepetibles que lo que *a priori* suponemos y eventualmente deseamos. Y no solo porque somos parte de una misma especie biológica sino porque existe lo que llamamos comportamiento social o colectivo. Siempre habrá brillos individuales en las situaciones observadas, pero eso a las ciencias sociales latinoamericanas les tendría que importar poco. Creo que solo deberían detenerse en la unidad individual si los impulsos que esta produce pueden traer algún tipo de consecuencia para el destino de las mayorías sociales. Esta premisa comparte la preocupación que subyace a la idea de carisma de Weber o a las agudas disquisiciones psicologistas sobre el Zar Nicolás II que ofreció Trotsky en su *Historia de la revolución rusa* (Trotsky, 1932).

El presente texto guarda la esperanza de aportar nuevos insumos para la construcción teórica de una ciencia social unificada en la pluralidad, autónoma y universalista, orientada hacia la acción colectiva. Se trata de un proyecto colectivo que, por la envergadura de sus interrogantes y de su compromiso intelectual, pretende dejar atrás de una vez por todas los escepticismos científico y político

que persisten en las ciencias sociales de la región. En cualquier caso, soy consciente que la búsqueda de reinstalar en el centro de la teoría social y de las ciencias sociales la preocupación por el futuro latinoamericano, y por lo tanto la voluntad de desarrollar unas ciencias sociales para el porvenir regional, no está desprovista de profundas resistencias. A partir de imaginar un universo minúsculo, Foucault propuso una ley del poder que luego se expandió por el planeta occidental: “donde hay poder, hay resistencias” (Foucault, 1976). Por mi parte, apelando a la restitución de un horizonte latinoamericano, propondría la siguiente reformulación: “donde hay cambio social, hay resistencias”. Este axioma podría ser una ley del cambio social, o directamente su ley primera. Tal como analicé arriba, las resistencias provienen centralmente del orden intelectual instituido, mientras que las presiones positivas se activan en múltiples puntos a partir de las grandes transformaciones materiales que hoy sacuden la región y el conjunto multilocalizado de la sociedad mundial.

Bibliografía

- Abelardo Ramos, Jorge ([1968] 2012). *Historia de la Nación Latinoamericana*. Buenos Aires: Continente.
- Amin, Samir (1988). *L'eurocentrisme: Critique d'une idéologie*. Paris: Anthropos. [En castellano: (1989). *El eurocentrismo. Crítica de una ideología*. México: Siglo XXI].
- Amin, Samir (1996). *Les défis de la mondialisation*. Paris: Harmattan. [En castellano: (1997). *Los desafíos de la mundialización*. México D.F.: Siglo XXI].
- Arico, José María (2011). *Nueve lecciones sobre economía y política en el Marxismo*. México: FCE.
- Aricó, Jose María (1988). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Arrighi, Giovanni y Silver, Beverly (1999). *Chaos and Governance in the Modern World System*. US: University of Minnesota Press. [En castellano: (2001). *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*. Madrid: Akal].
- Bourdieu, Pierre; Chamboredon, Jean-Claude y Passeron, Jean-Claude (1968). *Le métier de sociologue*. París: EHESS. [En castellano: (2002).

- El oficio de sociólogo: presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires: Siglo XXI].
- Bourdieu, Pierre (1980). *Le Sens pratique*. Paris: Les editions de Minuit. [En castellano: (2008). *El sentido práctico*. Madrid: Siglo XXI].
- Boyer, Robert (2020). *Les capitalismes à l'épreuve de la pandémie*. Paris: La Découverte.
- Braudel, Fernand (1958). Histoire et Sciences sociales: La longue durée, *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 13(4), 1-30. [En castellano: (1922). *La historia y las ciencias sociales*. México D.F.: Alianza].
- Calderón, Fernando y Castells, Manuel (2019). *La nueva América Latina*. México D.F.: FCE. [En inglés: *The New Latin America*. London: Polity Press].
- Cardoso, Enrique y Faletto, Enzo ([1967] 1977). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Castells, Manuel (1996). *The Information Age: Economy, Society and Culture. Vol.1: The Rise of the Network Society*. Oxford: Wiley Blackwell. [En castellano: La era de la información. Vol.1: La sociedad red. Madrid: Alianza].
- Castells, Manuel (2009). *Communication power*. Oxford: Oxford University Press. [En castellano: *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza].
- Comte, Auguste ([1844] 2013). *Discours sur l'esprit positif*. Paris: Hachette Livre. [En castellano: (1965). *Discurso sobre el espíritu positivo*. Madrid: Aguilar].
- Domingues, Jose Mauricio (2009). *La modernidad contemporánea en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI-CLACSO.
- Domingues, José Mauricio (2019). *Critical Theory and Political Modernity*. Switzerland: Palgrave Mc Millan.

- Dörre, Klaus (2020). Marx, la democracia y el nuevo bonapartismo. En Torres, Esteban et al., *Marx 200. Presente, pasado y futuro* (pp. 389-424). Buenos Aires: CLACSO.
- Durkheim, Emile (1893). *De la division du travail social*. Paris: Presses Universitaires de France [En castellano: (2008). *La división del trabajo social*. Buenos Aires: Gorla].
- Elias, Norbert (1939). Über den Prozeß der Zivilisation. Soziogenetische und psychogenetische Untersuchungen. Basilea: Verlag Haus zum Falken. [En castellano: (2016). *El proceso civilizatorio: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México DF: FCE].
- Elias, Norbert (1987). *Die Gesellschaft der Individuen*. Fráncfort del Meno: Suhrkamp. [En castellano: *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península].
- Fernandes, Florestán (1979). *Mudanças sociais no Brasil*. São Paulo: DIFEL.
- Foucault, Michel (1994). *Dits et écrits, 1954-1988. Tome III: 1976-1979*. Paris: Gallimard. [En castellano: (1999). *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales. Vol.III*. Barcelona: Paidós].
- Foucault, Michel (1976). *Histoire de la sexualité 1 : La volonté de savoir*. Paris: Gallimard. [En castellano: (2008). *La historia de la sexualidad, 1. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI].
- García Linera, Álvaro (2008). *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO-Prometeo.
- García Linera, Álvaro (16 de septiembre de 2021). Lo público, lo común y el Estado [conferencia]. *Seminario Permanente del Doctorado en Estudios Sociales de América Latina*. Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba. <https://www.youtube.com/watch?v=PeQhw2fD-1k>

- Germani, Gino (1962). *Política y sociedad en una época de transición*. Paidós: Buenos Aires.
- Harvey, David (2006). *Spaces of Global Capitalism: Towards a Theory of Uneven Geographical Development*. New York: Verso.
- Haya de la Torre, Victor ([1936] 2010). *El anti-imperialismo y el APRA*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (1807). *Phänomenologie des Geistes*. Hamburgo: Félix Meiner [En castellano: (1966). *Fenomenología del espíritu*. México: FCE].
- Herzog, Liza (2017). Durkheim on Social Justice: The Argument from “Organic Solidarity”. *American Political Science Review*, 112(1), February 2018, 112 – 124. <https://doi.org/10.1017/S000305541700048X>
- Hilferding, Rudolf (1910). *Das Finanzkapital*. En Marx-Studien, Blätter zur Theorie und Politik des wissenschaftlichen Sozialismus. Band 3, S. V–477 [En castellano: (1963). *El Capitalismo financiero*. Madrid: Tecnos]
- Hobsbawm, Eric (1995). *Age of Extremes: The Short Twentieth Century 1914-1991*. UK: Time Warner Books [En castellano: *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica].
- Hobson, John (1902). *Imperialism: A Study*. New York: James Pott & Co. [En castellano: (1981). *Estudio del imperialismo*. Madrid: Alianza].
- Kant, Immanuel (1784). Beantwortung der Frage: Was ist Aufklärung? *Berlinische Monatsschrift*, (12), 481-494.
- Kant, Immanuel (1900). *Gesammelte Schriften*. Hrsg.: Bd. 1–22 Preussische Akademie der Wissenschaften, Bd. 23 Deutsche Akademie der Wissenschaften zu Berlin, ab Bd. 24 Akademie der Wissenschaften zu Göttingen, Berlin 1900ff., AA IV, 438 .

- Kirsch, Martin (2008). Los cambios constitucionales tras la revolución de 1848. El fortalecimiento de la democratización europea a largo plazo. *Ayer*, 70(2), 199-239.
- Mariátegui, Juan Carlos ([1928] 1979). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. México: Era.
- Marx, Karl ([1845] 1969). Thesen über Feuerbach. En *Marx-Engels Werke*, Band 3, Seite 5ff. Dietz Verlag Berlin. [En castellano: Tesis sobre Feuerbach. En *Obras escogidas* de K. Marx y F. Engels, Vol. 1, Moscú: Progreso, 7-10].
- Marx, Karl (1867). *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie. Buch 1. Der Produktionsprozess des Kapitals*. Hamburg: Otto Meissner [En castellano: (1995) *El capital. Tomo 1*. México: FCE].
- Medina Echavarría, José (1969). La ideología del desarrollo y los nuevos partidos. En *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina* (pp. 100-152). Buenos Aires: CLACSO.
- Mendes-Quezado Fernández, Annemaxmille (2018). La justicia material en Max Weber. *Res Publica. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, 21(1). <https://doi.org/10.5209/RPUB.59695>
- Milanovic, Branco (2016). *Global Inequality: A New Approach for the Age of Globalization*. Cambridge: Harvard University Press. [En castellano: (2017). *Desigualdad mundial: un nuevo enfoque para la era de la globalización*. México: FCE].
- Naciones Unidas (1948). Declaración universal de derechos humanos. https://www.un.org/es/documents/udhr/UDHR_booklet_SP_web.pdf
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1985). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lane, Jan-Erik (2017). Ideas of justice: Relevance of Weber's Approach. *Open Journal of Philosophy*, 7, 221-230. doi: 10.4236/ojpp.2017.73013.

- Latour, Bruno (2005). *Reassembling the Social. An Introduction to Actor-Network-Theory*. London: Oxford University Press. [En castellano: (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Ediciones Manantial].
- Luxemburgo, Rosa (1913). *Die Akkumulation des Kapitals. Ein Beitrag zur ökonomischen Erklärung des Imperialismus*. Berlin: Vorwärts-Verlag [En castellano: (2001). *La acumulación del capital*. Madrid: Ediciones. Internacionales Sedov].
- Lenin, Vladimir Illich (1916). El imperialismo, fase superior del capitalismo. En *Obras escogidas (pp. 193-211) Tomo 5*. Moscú: Progreso.
- Lessenich, Stephan (2016). *Neben uns die Sintflut*. Berlin: Hanser. [En castellano: (2019). *La sociedad de la externalización*. Barcelona: Herder].
- O'Donnell, Guillermo (1978). *Tensiones en el Estado burocrático-autoritario y la cuestión de la democracia*. Buenos Aires: CEDES.
- O'Donnell, Guillermo (enero de 1994). Delegative Democracy. *Journal of Democracy*, 5 (1), 55-69.
- O'Donnell, Guillermo (2004). El desarrollo de la democracia en América Latina. En PNUD. *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos (pp. 33-73)*. Buenos Aires, Programa de la Naciones Unidas para el desarrollo-PNUD.
- Parsons, Talcott (1951). *The Social System*. Glencoe, Illinois: The Free Press.
- Poulantzas, Nicos (1978). *L'état, le pouvoir, le socialisme*. París: Les prairies ordinaires [En castellano: (1979). *Estado, poder y socialismo*. México: Siglo XXI].
- Portantiero, Juan Carlos (1981). *Los usos de Gramsci*. Grijalbo: Buenos Aires.
- Prebisch, Raúl (1981). *Capitalismo periférico: crisis y transformación*. México: FCE.

- Quijano, Aníbal (2014). *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad / descolonialidad del poder*. Buenos Aires: CLACSO.
- Ribeiro, Darcy (1968). *El proceso civilizatorio. Etapas de la evolución sociocultural*. Universidad Central de Venezuela: Ediciones de la Biblioteca.
- Rosa, Hartmut (2015). *Social Acceleration: A New Theory of Modernity*. USA: Columbia University Press.
- Sassen, Saskia (2007). *Sociology of Globalization*. New York: W.W. Norton & Company [En castellano: (2007). *Una sociología de la globalización*. Buenos Aires: Katz].
- Scalabrini Ortiz, Raúl ([1940] 2001). *Política británica en el Río de la Plata*. Barcelona: Plus Ultra.
- Schoenfeld, Eugen y Meštrović, Stjepan G (verano de 1989). Durkheim's Concept of Justice and its Relationship to Social Solidarity. *Sociology of Religion*, 50(2), 111–127. <https://doi.org/10.2307/3710982>
- Simmel, George (1917). *Grundfragen der Soziologie*. Berlin und Leipzig: Verlagshandlung GmbH [En castellano: (2002). *Cuestiones fundamentales de la sociología*. Gedisa: Barcelona].
- Spengler, Oswald (1918). *Der Untergang des Abendlandes. Umriss einer Morphologie der Weltgeschichte*. Erster Band: Gestalt und Wirklichkeit, K. K. Universitäts-Verlagsbuchhandlung G. m. b. H. Wilhelm Braumüller: Wien und Leipzig 1918, 639 S. [En castellano: (2011). *La decadencia de Occidente. Tomos I y II*. Barcelona: Espasa].
- Streeck, Wolfgang (2014). *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*. UK: Verso. [En castellano: (2016). *Comprando tiempo: la crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Buenos Aires: Capital intelectual-Katz].

- Tarde, Gabriel (1893). Les monades et la sociologie. *Revue internationale de sociologie*, Tome I. s/n. [En castellano: (2006). *Monadología y sociología*. Buenos Aires: Cactus].
- Toynbee, Arnold (1960). *A Study of History: Abridgement of Vols I-X in one volume*. Oxford: Oxford University Press.
- Therborn, Göran (2012). *The Killing Fields of Inequality*. UK: Polity Press [En castellano: (2017). *La desigualdad mata*. Madrid: Alianza].
- Therborn, Göran (2020). Pensar el mundo actual desde Marx. En Torres, Esteban et al., *Marx 200. Presente, pasado y futuro* (pp. 157-166). Buenos Aires: CLACSO.
- Therborn, Göran (septiembre-octubre de 2022). The World and the Left. *New Left Review*, 137, 23-73.
- Torres, Esteban (2020a). Hacia una nueva teoría del cambio social en América Latina: esquemas y elementos preliminares. En Torres, Esteban (ed.), *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana* (pp. 23-56). Buenos Aires: CLACSO.
- Torres, Esteban (2020b). El nuevo estado protector y la legitimidad de excepción: una aproximación mundial. *Astrolabio. Nueva Época*, (25) (2020): julio - diciembre: La crisis mundial del COVID-19: sociologías, feminismos y sociedad mundial, 65-97. <https://doi.org/10.15665/encuent.v18i3.2331>
- Torres, Esteban (2021a). *La gran transformación de la sociología*. Buenos Aires-Córdoba: CLACSO-UNC.
- Torres, Esteban (enero de 2021b). World Paradigm. A proposal for Sociology. *Global Dialogue*. 11(1). International Sociological Association (ISA), 40-41. <https://globaldialogue.isa-sociology.org/the-world-paradigm-a-new-proposal-for-sociology/>
- Torres, Esteban (2022). Los actores y el cambio social: tentativa de reconstrucción para un futuro latinoamericano. En Torres,

- Esteban; Domingues, José Mauricio (eds.), *Nuevos actores y cambio social en América Latina* (pp. 17-68). Buenos Aires: CLACSO.
- Torres, Esteban (2023a). El paradigma mundialista: una nueva propuesta para la sociología. *Estudios Sociológicos*, 42, Colmex [En prensa].
- Torres, Esteban (2023b). La sociedad mundial, los intersistemas y una nueva historia del capitalismo, *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Vol. 28, N°101, Abril-junio 2023. ISSN: 1316-5216. <https://doi.org/10.5281/zenodo.7767811>
- Torres, Esteban y Borrastero, Carina (2020). Capitalism and the State in Latin América: Concentration of Power, Social Inequality and Environmental Depletion. En Bada, Xóchitl y Ribera Sanchez, Liliana (eds.), *The Oxford Handbook of The Sociology of Latin America* (pp. 1-17). New York: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780190926557.001.0001>
- Torres, Esteban y Leite Gonçalves, Guilherme (2022). Del eurocentrismo a la sociología mundial. En Torres, Esteban y Leite Gonçalves, Guilherme (eds.), *Hacia una nueva sociología del capitalismo* (pp. 15-22). Buenos Aires-Jena: CLACSO-Friedrich Schiller Universität Jena.
- Touraine, Alain (1984). *Le Retour de l'acteur: Essai de sociologie*. París: Fayard [En castellano: (1987). *El regreso del actor*. Buenos Aires: Eudeba].
- Touraine, Alain (2013). *La fin des sociétés*. París: Seuil [En castellano: (2016). *El fin de las sociedades*. México: FCE].
- Trotsky, Leon ([1932] 2017). *Historia de la revolución rusa. Tomo I*. Buenos Aires-México: IPS-AC.
- Wallerstein, Immanuel (1991). *Unthinking Social Science: The Limits of Nineteenth-Century Paradigms*. UK: Polity Press. [En castellano:

- (1999). *Impensar las ciencias sociales: límites de los paradigmas decimonónicos*. México: Siglo XXI].
- Wallerstein, Immanuel (2006). *European Universalism. The Rhetoric of power*. Nueva York: The New Press. [En castellano: (2007). *Universalismo europeo. El discurso del poder*. México: Siglo XXI].
- Weber, Max (1922). *Wirtschaft und Gesellschaft: Grundriss der verstehenden Soziologie: Grundriß der Verstehenden Soziologie*. Tübingen [En castellano: (2008). *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México: FCE].
- Weber, Max (1923). *Wirtschaftsgeschichte*. Múnich: Hellman y Palyi. [En castellano: (1997). *Historia económica general*. México: FCE].
- Wright Mills, Charles (1959). *The Sociological Imagination*. New York, Oxford University Press [En castellano: (1974). *La imaginación sociológica*. México D.F: FCE].

Sobre el autor

Esteban Torres nació en la Ciudad de Córdoba el 23 de marzo de 1976 y por motivos políticos debió exiliarse con su familia en Estocolmo, Suecia, en 1977. De allí regresó a la República Argentina en el año 1986. Además de la ciudadanía sueca, de su exilio prematuro se trajo la experiencia de ser argentino y latinoamericano en un país escandinavo. Desde entonces ha viajado y permanecido fuera de América Latina en diferentes momentos. Hizo su doctorado a caballo entre la Universidad Autónoma de Barcelona y la Universidad Nacional de La Plata.

Actualmente se desempeña como investigador del CONICET y director del programa “Cambio Social Mundial” en el Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Asimismo, ejerce como profesor a cargo de la cátedra “Sociología” de la Escuela de Historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC y de la cátedra “Teorías y procesos de cambio social” de la carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales (UNC). Desde febrero de 2023, Torres es Fellow Permanente del prestigioso Institut für Sozialforschung (IfS) [Instituto de Investigación Social] de la Goethe-Universität Frankfurt, hogar histórico de la “Escuela de Frankfurt”. En los últimos años, ha sido profesor visitante en los departamentos de Sociología de varias universidades, entre ellas la New York University (EE.UU), la University

of Cambridge (Reino Unido), la University of Wisconsin/Madison (EE.UU) y la Friedrich Schiller Universität Jena (Alemania). Entre 2016 y 2022, se desempeñó como coordinador del Grupo de trabajo de CLACSO “Teoría social y realidad latinoamericana”.

Torres es autor de una multiplicidad de libros, artículos científicos, capítulos de libros y artículos de prensa, entre otros textos. Sus últimos libros publicados por CLACSO son *Hacia una nueva sociología del capitalismo* (Friedrich Schiller Universität Jena-CLACSO, 2022); *La gran transformación de la sociología* (CLACSO-UNC, 2021); *Hacia la renovación de la teoría social latinoamericana* (CLACSO, 2020), y *Marx 200: presente, pasado y futuro* (ed., CLACSO, 2020). El autor colabora con diferentes medios de comunicación y divulgación, entre ellos *Global Dialogue* (*International Sociological Association*), *Página 12*, *Nodal*, *CBA 24N*, etc.

La expectativa de poder cambiar la realidad a partir de la acción humana alimenta la esperanza de los pueblos desde siempre. Posiblemente no hubo ni hay otra pretensión más determinante. En este libro el autor analiza el modo en que fueron evolucionando las visiones del cambio social en el mundo desde tiempos pretéritos hasta hoy, ligadas a transformaciones históricas de profundo calado. Quien decida leer el libro descubrirá un esquema de análisis que desenmascara en nuevos términos los relatos eurocéntricos que aún prevalecen en el siglo XXI. A partir de diagnosticar la situación actual, el texto señala un camino para actualizar los marcos de resolución teórica y política del cambio social en América Latina.

“Este es el comienzo de una interesante y ambiciosa teoría latinoamericana del cambio social: ¿qué es lo que hay que transformar fundamentalmente? ¿Cómo y por quién? ¿Con qué fin?” **Göran Therborn**

ISBN 978-987-813-547-2



 **CLACSO**